

ENLOQUECIDOS POR EL TERROR

ADA CORETTI


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

197. — *Cita con los espíritus* - Burton Hare.
198. — *El diabólico doctor Zaroff* - Ada Coretti.
199. — *Reza por mi alma, Elsie* - Silver Kane.
200. — *Yo compré un castillo* - Ralph Barby.
201. — *Los ojos de la Gorgona* - Curtis Garland.

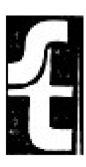
ADA CORETTI

ENLOQUECIDOS POR EL TERROR

Colección

SELECCION TERROR n.°

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 54-02-025064

Depósito legal: B. 46.667 - 1976

Impreso en España —Printed in Spain

1ª edición: enero, 1975

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, *2.*Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, *S. A.***

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona —1977

CAPITULO PRIMERO

Se había convertido en el detective más famoso y cotizado de la ciudad. Tenía treinta y cuatro años, un metro ochenta, complexión atlética, mirada escrutadora que no dejaba escapar detalle, y una pegada con su derecha que demolía. Se llamaba Larry Lemon. Seguía aún soltero.

El tiempo que le dejaban libre sus clientes, que desgraciadamente no era mucho, lo dedicaba a las mujeres. Preferentemente a las pelirrojas. Aunque en esto no tenía muchas manías, ya que su gusto era muy extenso y amplio.

Últimamente había hecho una conquista nada despreciable. Una pelirroja de tipo escultural y piernas sensacionales, que trabajaba en una sala de fiestas.

Acabado el trabajo de aquel día, decidió ir a verla. Por lo que recogió con rapidez los papeles que aún quedaban sobre su mesa de escritorio y se dispuso a salir.

Pero antes de hacerlo así, reparó en el periódico de la tarde. Al que apenas había prestado atención y que seguía estando donde lo había dejado, junto al teléfono.

Con letras más que regulares, decía allí:

«En breve saldrá en libertad Elisabeth Wood, tras cumplir la condena de veinticinco años de reclusión a que fue condenada por el asesinato de la esposa del multimillonario Walter Pulmmer.»

Larry Lemon respingó.

Acababa de venirle a la memoria el día, la hora, el momento en que, siendo él solo un niño, conociera a la guapa, a la guapísima Elisabeth Wood. Fue aquél un hecho que le impresionó muchísimo. Un hecho que hizo que el terror se desbordara dentro de sí mismo. Pero siempre había sido un chico valiente, y pocos días después se había recuperado ya enteramente de la impresión recibida.

Por lo demás, tenía que reconocer que él mismo se buscó aquellas emociones. En realidad, se metió donde nadie le llamaba.

Recordaba fielmente lo que sucedió. Su padre, abogado, había ido a visitar a un cliente, en las periferias de la ciudad. Dejó su coche detenido junto a una acera y le dijo a él que le esperara. El había

comprado unos cacahuetes, y como sea que pronto se cansara de permanecer en el interior del coche, salió, y al poco, sentándose en el suelo, en cuclillas, se puso a comérselos. Aquella calle daba a unos jardincillos. Y allí cerca estaba situada la parada del «bus».

En eso se detuvo, esperando al vehículo, una mujer de unos veintisiete o veintiocho años, bellísima. Era la mujer más bella que pueda uno imaginarse.

Al poco, se le acercó un hombre, de unos cuarenta años, jorobado. Se la quedó mirando con intensidad. Era como si quisiera incrustarle la mirada en el cuerpo.

—Permítame... —dijo el jorobado.

—¿Qué quiere? —preguntó ella, nerviosa.

El lugar era solitario, y la niebla espesa, pegajosa, tupida como un muro. Las sombras de la noche empezaban a cubrir la ciudad. Por lo demás, la presencia de aquel hombre no era para tranquilizar a nadie.

—Quiero decirle que... que... —pero vaciló como si fuera un hombre tímido y no se atreviera a hablar. Pero sus ojos, brillantes como ascuas, no aludían a timideces de ninguna índole.

Ella sintió secos, muy secos, los labios. Se pasó la lengua por ellos.

—Hace días que la sigo —dijo el jorobado—. A todas horas. ¿No se ha dado cuenta?

Es que... es que... —y se decidió a decirlo— tienes una piel maravillosa... Una piel maravillosa... Una piel maravillosa... Una piel maravillosa...

Lo dijo y lo repitió una y otra vez, como si de sus palabras quisiera hacer un eco que no se extinguiera.

Muy nerviosa, ella no acertó a responder nada. Se limitó a mirar, ansiosamente, si llegaba el' autobús.

—No estoy enamorado de ti... —repuso el jorobado—.

No interpretes torcidamente lo que acabo de decirte... No es en ese sentido... Se trata de algo distinto...

—No le comprendo, en absoluto —dijo ella. Y zanjó—; Le agradeceré que no me importune más.

—Tienes una piel maravillosa... —volvió a decir el jorobado, y hubo arrobo, entusiasmo, adoración casi, en sus ojos que brillaban

como verdaderas ascuas.

—¡Déjeme tranquila! —exclamó ella, con un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

Pero el jorobado había aún de hacerle la pregunta más horrible, escalofriante y siniestra que ella oyera en toda su vida:

—¿Por cuánto me venderías tu piel…?

Ella dio un bote. No lo hubiera dado mayor ni aun recibiendo una descarga eléctrica.

—Te la pagaría bien —volvió a hablar el jorobado—. soy muy rico… Podría hacerte rica a ti…

—¡Está usted mal de la cabeza! —exclamó ella.

El jorobado, entonces, optó por retroceder. Por desaparecer de aquella zona.

El, Larry Lemon, con sus nueve años cumplidos, se había quedado boquiabierto. Con los cacahuetes en la palma de la mano. Sin comérselos.

El jorobado no se había dado cuenta de la presencia de él, allí, muy cerca, en los jardincillos. Creyó, pues, que la mujer estaba sola. Por eso, sin duda, regresó poco después…

Lo hizo en un coche, frenando al hallarse allí, junto a la joven y hermosa mujer.

Después, con endemoniada rapidez, abrió la portezuela, adelantó el brazo y la agarró.

De un brusco tirón, la metió dentro del coche. Instantes después arrancaba.

No obstante aquel brevísimo espacio de tiempo, había bastado para que él, Larry Lemon, a pesar de su corta edad, optara por tomar cartas en el asunto. Por lo que se levantó de un brinco, abrió el portaequipajes y se metió dentro. Sin necesidad de pensárselo dos veces. En el suelo del jardincillo quedaron los cacahuetes.

La curiosidad le había impulsado a hacerlo así. ¿Qué pretendería aquel hombre, aquel jorobado?

Un rato después el coche se detuvo. Y él, Larry Lemon, salió del portaequipajes así que comprendió que sus ocupantes habían abandonado ya el interior del vehículo.

Entonces se encontró en lo alto de una colina, junto a los restos de un viejo castillo.

Restos que parecían difuminarse entre una niebla cada vez más intensa. A su húmedo y sombrío sótano, el jorobado había llevado a la hermosa mujer, dejándola en el suelo atada de pies y manos. Con anterioridad debió darle un golpe, privándola del conocimiento, pues aún no lo había recuperado.

Esto lo vio, Larry Lemon, por las celosías de aquel lugar del sótano, a través de cuya abertura se escapaba la luz.

Allí se quedó quieto, inmóvil, a la expectativa de lo que pudiera o no suceder.

De pronto, la mujer volvió en sí y gritó horrorizada, espantada, al darse cuenta de que en aquel laboratorio —aquel sótano no era otra cosa— se hallaba el cadáver de una muchacha.

¡Pero qué horripilante y dantesco resultaba aquel espectáculo! ¡Qué pavoroso...!

Sobre una mesa de operaciones, cerca de un armario de metal y crista! donde se veía instrumental médico, estaba la muchacha... despellejada. ¡Despellejada de una sola pieza!

Y la «pieza» sacada de su cuerpo estaba sobre otra mesa de operaciones, esmeradamente puesta, cuidadosamente colocada, para que no se estropeara. Para que no diera de sí, ni encogiese. Como si se tratara de una ropa recién lavada...

El cuerpo de la muchacha era carne viva por todos los lados. Sólo le quedaban los cabellos y los ojos, desorbitadamente abiertos. Y aquel montón de carne sangrante permanecía rígido. Debía estar muerta hacía ya muchas horas.

—Es inútil que grites —dijo el jorobado cuando, poco después, se presentó ante la mujer maniatada—. Nadie va a oírte.

—¿Qué pretende hacer conmigo? —preguntó ella, pero la voz apenas le salió de la garganta.

—Yo quería demostrar al mundo que soy un genio —repuso el hombre con acento profundo—, pero...

—¿Qué va a hacer conmigo? —quiso saber. La angustia la estaba destrozando, ya no podía más—. Dígamelo...

—Voy a dejarte ir —contestó el jorobado.

—¿De veras? —pero no, no se atrevía a creerlo del todo.

—Sí —dijo el jorobado—, ya no me haces falta. La aristócrata no viene… A última hora ha cambiado de parecer…

—¿De qué aristócrata me habla? —inquirió ella.

—De la vieja… De la aristócrata… —Su voz se había enronquecido —. Se creía valiente, pero es… ¡cobarde!

—No lo entiendo —murmuró ella.

—Te he traído aquí —repuso el jorobado— por si me fallaba esa piel… —Se la indicó, colocada con esmero y pulcritud sobre la mesa de operaciones—. Quería asegurarme el éxito. Tenía una buena oportunidad ante mí y no quería desperdiciarla… Pero la vieja aristócrata ha cambiado de idea… ¡Cobarde! ¡Cobarde!

—No le entiendo —volvió a murmurar ella.

—No va a pasarte nada —resumió el jorobado—, esto es lo importante para ti, ¿no es eso? Ahora bien, si algún día vuelves a verme, no me reconocerás… Con esta condición te dejaré ir…

—De acuer… acuerdo… —tartamudeó ella—. No le reconoceré. Aunque le vea cien… cien veces… Puede estar seguro.

Había empezado a soltar sus ligaduras, cuando, de súbito, se oyó la sirena de la policía. E instantes después, él, Larry Lemon, veía cómo varios coches patrulla acordonaban los restos de aquel viejo castillo.

—¡Me han atrapado! —oyó, entonces, barbotar al jorobado—. Ya todo es inútil.

Estoy perdido.

—Es el doctor Lawton —había de decir poco después el inspector de policía—. Hace años fue expulsado del Colegio de Médicos de Londres. Desde entonces venía efectuando, llevando a la práctica, verdaderas monstruosidades… Hace tiempo que le buscábamos para encerrarle en un manicomio. Por fortuna ha caído ya en nuestras manos.

* * *

Pero de eso hacía ya veinticinco años.

No valía la pena pensar más en todo aquello. Además, que ese hecho no tuvo nada que ver con el crimen de ella… Porque ella,

Elisabeth Wood, había de asesinar salvajemente poco después a la esposa del multimillonario Walter Pulmmer… En fin, todo aquello era ya agua pasada.

Por lo que Larry Lemon dejó el periódico a un lado y siguió recogiendo los papeles que se hallaban sobre la mesa de su escritorio. Le esperaba la-pelirroja de turno.

Sin embargo, sonaron unos golpecitos en la puerta, y aunque de mala gana tuvo que decir:

—Adelante.

Entró su secretaria. Una morenita que tampoco estaba nada mal.

—Señor Lemon, una muchacha desea hablar con usted. Dice que es de la máxima urgencia.

Lo que se temía. Un nuevo cliente.

—Iba a salir —apuntó Larry, frunciendo el entrecejo. Pero la profesión le tiraba, la llevaba en la sangre, así que en seguida añadió —: Bueno, dígale que pase.

Estaba pensando en decir que no le gustaba recibir fuera de las horas de visita, cuando la vio entrar. Demasiado rubia y bonita, con una silueta encantadora, para encontrar ánimos de protestar. Esbozó su mejor sonrisa.

—Pase y siéntese, señorita…

Ocupó el sillón, tapizado de cuero, que él le había indicado con un gesto.

—Bacall… Jennifer Bacall…

—Mucho gusto. Bien, usted dirá…

Como sea que la viera muy nerviosa, Larry Lemon entreabrió una labrada cajita de madera colocada sobre la brillante superficie de su mesa.

—¿Un cigarrillo? —ofreció.

—Sí, gracias.

Se lo encendió.

—Verá usted, señor Lemon, no es sencillo lo que vengo a contarle —tras expulsar una bocanada de humo, dio la sensación de sentirse bastante más decidida.

—Es lo corriente —dijo él—. No se apure por eso. Usted, tranquila. Me cuenta lo que sea y yo se lo soluciono.

Jennifer Bacall miró con agrado al joven detective. Todo él irradiaba fuerza, energía y una absoluta confianza en sí mismo. No, no podía temer que se tratara de un fantoche. Conocía de sobra su fama. No había detective mejor ni más eficiente en toda la ciudad.

—Mi tía Cornelia murió asesinada hace veinticinco años... —enfocó de esta forma el asunto a tratar—. Mi tía era la esposa del multimillonario William Pulmmer...

—¡Ah! —exclamó Larry.

—Le supongo enterado de los detalles del caso. En el periódico de la tarde de hoy...

—Prefiero que usted me lo explique a su modo, señorita Bacall. No he tenido tiempo de leer el periódico de esta tarde.

—Mi tía Cornelia era una mujer fabulosamente rica —refirió Jennifer Bacall, tras abandonar el cigarrillo en el cenicero—. Se casó algo mayor con William Pulmmer, un joven muy guapo y apuesto que no tenía ni una libra. Pero era listo, inteligente, y supo ponerse al mando de los negocios de tía Cornelia... Lo hizo tan bien, que en sus manos la fortuna casi se duplicó... De todos modos, ya antes de eso tía Cornelia había hecho testamento a su favor.. Tuvieron tres hijos, Henry, Robert y Edward... Cuando todo parecía ir sobre ruedas, tía Cornelia fue asesinada salvajemente...

—Prosiga.

—Encontraron a tía Cornelia con el cráneo abierto por varias partes, saliéndole la masa encefálica... Con la nariz amputada, con varios dientes rotos, con el rostro inundado de sangre... Su cuerpo se hallaba mitad en el lecho y el resto fuera, colgando... Su cuerpo había recibido también heridas profundas e incisivas... En su yugular había un corte enorme, el corazón se le veía a través de un tajo atroz, y por el vientre le asomaban a borbotones los intestinos. No costaba imaginar la lucha despiadada que había existido entre el asesino y su víctima. .

—¿Y el asesino fue...? —preguntó Larry Lemon.

—Elisabeth Wood. Eso lo sabe todo el mundo. La policía la encontró junto al lecho de mi tía Cornelia, con un estilete en la mano, un afiladísimo estilete... Durante todo el juicio, consciente de su culpa, ni despegó los labios... En fin, esa mujer, tras cumplir la condena de



veinticinco años que le fue impuesta por los jueces, va a salir libre un día de éstos.

—La estoy escuchando atentamente —intercaló Larry Lemon, que sabía que ahora iba a venir la segunda parte.

—Yo perdí a mis padres hace varios años —continuó Jennifer Bacall—y desde entonces vivo con el marido de mi pobre tía Cornelia, William Pulmmer, y con sus tres hijos, mis primos Henry, Robert y Edward... Bueno, lo cierto es que he venido a verle a usted para...

—¿Para? —inquirió.

—Desde hace unas cuantas semanas, mi tío está muy alterado, muy nervioso. Yo no sé nada, pero presiento que tiene miedo...

—Miedo, ¿de qué? ¿De quién?

—De Elisabeth Wood —afirmó sin lugar a dudas, convencida de lo que decía.

—¿De esa mujer que va a salir libre..,?

—Sí, exactamente.

—¿Qué le hace suponerlo así?

—Ya le he dicho que yo no sé nada... Es sólo un presentimiento... Pero, sí, presiento que mi tío, William Pulmmer, teme morir asesinado como hace veinticinco años murió su esposa Cornelia.

—Por aquel entonces, señorita Bacall, usted no habría nacido aún, ¿verdad? —pero más que una pregunta interesante, profesional, fue una gentileza—. La veo muy joven.

—Tenía unos meses —sonrió Jennifer.

—Ante la muestra de lo que veo, deduzco fácilmente que debió ser usted una criatura adorable.

—Gracias.

—Bien —resumió—, ¿qué pretende usted exactamente de mí? Me ha expuesto los hechos, la situación en sí, pero no me ha dicho hasta dónde desea que lleguen mis servicios.

—Deseo —dijo Jennifer— que defienda usted a mi tío. Esto, simple y llanamente.

Vamos a ir a pasar una temperada a un caserón que tenemos cerca de la pequeña localidad de Pantterman. Es un lugar apartado,

aislado, ¿comprende? Pretendo, pues, que usted nos acompañe y que, mientras se prolonga allí nuestra estancia, se encargue usted de que a mi tío no le suceda nada malo. Para justificar su presencia entre nosotros —puntualizó— diré que es usted mi novio.

—¿Su novio? —y se puso a mirarla de arriba abajo, analíticamente—. Bueno, bueno, no tengo el menor inconveniente…

—Es una idea acertada, ¿no le parece?

—¡Oh, sí! —aseguró—. Es una idea acertadísima. A mí me encantan las chicas bonitas, como usted.

—No he venido a bromear —dijo ella, que quiso ponerse seria. Aunque sin conseguirlo del todo, porque el joven detective le estaba cayendo muy bien.

—Claro que no ha venido a bromear… —se hizo cargo, y él también se esforzó por ponerse serio, a tono con las circunstancias.

—Respecto a su minuta, fijará usted mismo la cifra.

—Me parece muy bien.

—Resumiendo… ¿Conforme?

—Del todo.

CAPITULO II

A Larry Lemon le gustaba hacer bien las cosas. Por eso decidió ir a la prisión de San Lorenzo, que era donde Elisabeth Wood había permanecido recluida durante todos aquellos años. Después de haber hablado con ella, sabría mejor a qué atenerse respecto a sus posibles intenciones.

Al tenerla ante sí, Larry quedó impresionado, y esto que él no era fácil de impresionar.

Una terrible vejez se había adueñado de su rostro, de su piel, convirtiéndola en algo que forzosamente había de inspirar infinita compasión.

Sólo sus ojos seguían siendo hermosos, maravillosos. Pero ¿de qué podía servirle la hermosura de sus ojos, en medio de un rostro ajado, marchito, plagado de despiadadas arrugas? Flaccidez y bolsas en sus mejillas, en su cuello, en sus brazos, en sus piernas...

¡No era ni la sombra de aquella joven y bella mujer que Larry Lemon, a sus nueve años, conociera...! ¡Todos sus encantos habían quedado arrasados, destruidos, aniquilados!

—Venía a hablarle del pasado —le dijo el detective, así que se recuperó de la primera impresión—. Si no tiene usted inconveniente...

Pero sí, lo tenía. Ella no quería hablar de todo aquello. Calló durante el juicio. Calló durante aquellos interminables y eternos veinticinco años. Seguiría callando ahora.

—Es inútil que insista, señor Lemon —le dijo una de las matronas —. Esa mujer no habla con nadie. No responde nunca.

Sin embargo, sí habló en esa ocasión. De la manera más imprevista, formulando esta pregunta:

—¿Ha dicho Lemon..., señor Lemon...? Durante el juicio tuve un abogado que se llamaba Lemon...

—Era mi padre —le informó Larry.

No hizo falta más para que ya le mirara con cierta simpatía.

—Acérquese —rogó. Y ya estando Larry junto a la reja—: ¿De qué quería hablarme...?

—y antes de que se lo dijera, añadió—: Su padre fue el único que supo comprender que yo era inocente… Pero todo estaba en contra mía, las pruebas condenatorias me aplastaban… Sin embargo, yo agradecí mucho a su padre el afán que puso en salvarme…

¿Qué ha sido de él?

—Murió en un accidente de coche —contestó Larry.

—Lo lamento de veras. Bueno —insistió—, ¿de qué quería hablarme? Por ser usted el hijo de aquel hombre tan bueno conmigo, estoy dispuesta a responderle…

—Ha dicho usted —quiso abrir brecha en el tema lo más audazmente posible— que mi padre fue el único que supo comprender que usted era inocente. Entonces, eso quiere decir que fue condenada injustamente…

—Sí —afirmó.

—Se lo ruego, explíqueme usted lo sucedido.

—Ya no puede servirme de mucho, ¿no cree? —su amargura era inmensa, se desbordaba dentro de su ser.

—Aun así, yo le ruego… —insistió Larry Lemon.

—De acuerdo. Hablaré —y respiró hondo, muy hondo antes de proseguir—. Hablaré.., después de estos veinticinco años, que no sólo han desgarrado despiadadamente mis entrañas, sino que temo que hayan acabado desquiciando mi cerebro. Veinticinco años que, como implacables hierros candentes, hora a hora, día a día, sin piedad, sin apelativos, se me han ido clavando en la carne. Veinticinco años que han hecho de mí un lamentable despojo humano. Veinticinco años que piden venganza a gritos desaforados.

Gritos que sin duda se estarán oyendo en lo más hondo, profundo y tenebroso del mismísimo infierno.

Larry no dijo nada.

Esperó a que Elisabeth Wood prosiguiera.

—Walter Pulmmer era mi amante —empezó a decir poco después —. Solíamos reunimos en un parador de la carretera, en El Canto del Ruiseñor, siempre en la habitación número siete… Otra, en mi puesto, le hubiera pedido que se separara de su esposa y que lo abandonara todo por mi amor… Pero yo le amaba de veras y quería ser comprensiva. Tenía tres hijos… Hubiera sido pedirle demasiado… Pero

él, un día, me dijo que ya no aguantaba más, que quería ser libre y casarse conmigo... Me confesó, no obstante, que tampoco se veía capaz de renunciar a los muchos millones de su esposa...

En conclusión, pues, sólo había una solución... ¡Matarla!

Larry Lemon hubiera podido decir cualquier cosa. No era hombre al que le faltaran las palabras. Aun así, prefirió que fuera ella, sin interrupciones tal vez contraproducentes, la que continuara expresándose.

—Quiso que yo le ayudara... Me negué. Me negué rotundamente. Sólo accedí a ir a su chalet de la montaña, a buscarle con su coche, cuando le vi firmemente decidido a hacerlo... Sí, lo tenía ya todo planeado. Daría permiso a la servidumbre, mandaría a sus tres hijos a casa de unos amigos, se quedaría solo con Cornelia... A ella, por la noche, le daría un fuerte somnífero... Después la mataría... Y no, nadie le achacaría el crimen, pues él estaba haciendo creer a todos que se hallaba a más de trescientas millas de distancia... Respecto a los testigos, no habían de faltarle...

Una nueva pausa.

—Había decidido matarla con un estilete. Yo le iría a buscar a eso de la medianoche y entonces nos alejaríamos juntos. Sin embargo, yo me presenté allí bastante antes de lo acordado... ¡No quería que la matara! El doctor acababa de decirme que estaba embarazada... ¡Y no, yo no quería que mi hijo tuviera un padre asesino!

Volvió a interrrumpirse, mortalmente pálida a través de los barrotes de hierro, a los que se crispaban sus dos manos.

—Al llegar, encontré la puerta entreabierta... Poco a poco me fui adentrando... Así llegué hasta el dormitorio, donde me encontré a Cornelia salvajemente asesinada... ¡Un horror de espectáculo! No puede usted imaginárselo por más que le diga... Comprendí que el somnífero no había surtido su efecto y que la lucha había sido despiadada... El estilete estaba en el suelo e instintivamente lo cogí, horrorizada hasta la médula de los huesos... No, no conseguía reaccionar hasta que vi a mi lado a la policía, y un vecino...

Se interrumpió de nuevo. Si bien esta vez muy brevemente.

—Un vecino que dijo: «Al ver el coche, en seguida he sospechado que sucedía algo anormal... Como el señor Pulmmer me recomendó que, en su ausencia, vigilara el chalet lo mejor posible... Se ve que temía por su querida esposa, que últimamente había recibido anónimos, amenazándola...». Comprendí —añadió finalmente

Elisabeth Wood— que había caído en una celada, en una increíble y monstruosa celada... Lo que menos podía esperar de Walter Pulmmer, el hombre que yo tanto amaba...

Cada vez crispaba más los hierros, los barrotes. Carda vez estaba más mortalmente pálido su rostro.

—Ha quedado en mí, no obstante... —ahora se suavizó su tono—, un dulce recuerdo... Tuve una hija. Una niña monísima, que estreché desesperadamente contra mi pecho cuando vi al matrimonio que estaba dispuesto a prohijarla. Pero sí, la entregué... En mis lamentables circunstancias, ¿qué alternativa mejor que darla a aquella buena y honrada gente? Por el bien de la niña tenía que hacerlo, y lo hice. Y esto es todo, señor Lemon. No me ha creído, ¿verdad?

—Para yo creerme una cosa —dijo Larry Lemon, sinceramente— he de estar muy seguro. Por naturaleza, por instinto, soy receloso y desconfiado, no suelo fiarme ni de mi propia sombra. No se lo tome a mal.

—Me hago cargo.

—Y dígame, ahora que va a salir de la cárcel... —dejó en el aire los puntos suspensivos, sobradamente elocuentes por sí mismos.

—Me pregunta —repuso Elisabeth Wood— sobre lo que ni yo misma sé. Son inmensas mis ansias de venganza, sí, lo confieso... Pero ¿cómo vengarme? Cada vez me siento más vieja, más acabada. En realidad, voy a salir de aquí más muerta que viva.

* * *

Larry Lemon salió de la prisión convencido de que aquella mujer no iba a plantear ningún problema a Walter Pulmmer, ni a ninguno de los componentes de su familia. En principio, al menos, era ésta su opinión.

¿Se había creído la narración que de los hechos le había hecho ella? La había escuchado, simplemente eso...

Le había parecido desgarradoramente sincera, esto debía aceptarlo. Además, su propio padre, en su día, la creyó inocente... Todo pesaba. Tenía forzosamente que pesar. Pero él se limitaría a seguir en su puesto.

En su puesto, y al acecho...

Por eso, el atardecer del día en que Elisabeth Wood salió de la

prisión de San Lorenzo, él estaba allí, con su coche, dispuesto a seguirla.

Quería saber adónde iba a parar.

Era aquél un atardecer gris, pesado, cargado de niebla. Una niebla espesa, pegajosa, tupida como un muro, que parecía recordar aquella que les rodeaba el día que se conocieron por primera vez.

La vio salir, finalmente, con el paso corto e indeciso. Llevaba en la mano una pequeña maleta.

Puso el coche en marcha, muy lentamente...

Se dio cuenta de que aquella mujer apenas sabía andar por las aceras llenas de gente, y que apenas se atrevía a cruzar las calzadas. Resultaba evidente que no entendía los semáforos y que le sobresaltaban los bocinazos.

No llevaba rumbo fijo. Daba la sensación de ir vagando de aquí para allá, sin saber ciertamente adónde dirigirse.

Llegaron las primeras sombras de la noche y aún seguía andando. De un modo maquinal, casi sin saber lo que estaba haciendo. Debía sentir destrozados los pies y agotadas sus ya escasas fuerzas.

Larry Lemon continuaba siguiéndola.

Al pasar por un puente, Elisabeth se asomó a la barandilla. ¿Para ver mejor el agua que se deslizaba rápida o para preguntarse a sí misma si era fácil suicidarse allí?

Dejó el puente y la niebla que allí parecía hecha de siniestros jirones, y siguió adelante.

Ahora, no obstante, alguien iba tras los pasos de ella. Un hombre ya viejo. ¡Era jorobado!

Larry Lemon le reconoció en el acto. A pesar de la corta edad que tenía por aquel entonces, el recuerdo permanecía indeleble en su cerebro. Murmuró:

—El doctor Lawton.

Y aminoró la velocidad de su coche para que su presencia no fuera notada.

Un rato después, en una calle de casas viejas, Elisabeth Wood se detuvo junto a un bar, bajo su descolorida marquesina y junto a sus dos o tres sucios veladores. Instantes después se decidía a entrar en

aquel establecimiento de muy baja categoría. El hombre que la seguía, entonces, optó por ir directamente a su encuentro.

Larry Lemon captó su intención y se apresuró a detener su coche y a dirigirse a su vez, a grandes zancadas, anticipándose, hacia aquel lugar. Llegó a tiempo de situarse tras una cortina de dibujos floreados, sin que nadie le viera, y de oír la conversación de aquellos dos antiguos conocidos suyos.

—¿Usted...? —inquirió ella, al poco de haberse sentado en la mesita apartada que había elegido.

Veinticinco años no habían sido suficiente, en absoluto, para que Elisabeth Wood olvidara al doctor Lawton, que ahora se hallaba en pie ante ella. Su joroba... Sus ojos que brillaban como ascuas... Ese hombre no podía confundirse con ningún otro.

—El mismo —respondió él—. ¿Puedo sentarme?

—Siéntese si quiere. —Luego añadió—: Si cree que me asusta su presencia, se equivoca. A mí ya no puede asustarme nada.

—Por eso estoy aquí —le hizo saber él.

—Acabo de salir de la cárcel —murmuró Elisabeth Wood.

—Yo he salido hace medio año del manicomio —contestó el jorobado—. Estaba esperando que salieras tú.

—¿De veras...? —pero su pregunta careció de verdadero interés.

—Sí, sí —asintió—. Porque yo puedo devolverte esa juventud que has perdido. Soy el doctor Lawton, un genio... Aunque el mundo se resista a creerlo... Pero, sí, puedo devolverte la juventud...

—Esto, hoy día v—ironizó Elisabeth Wood—, ya no lo hace ni el demonio.

—Yo soy más inteligente que el demonio, porque mi talento puede ir más allá de la maldad e incluso más allá de la demencia, si-así el mundo lo prefiere... Pero como sea, llegará un día en que mi ciencia dejará al mundo perplejo de admiración...

—Sigo sin entender lo que dice.

—Debieras comprenderlo —se impacientó— sin necesidad de más explicaciones. ¿No te acuerdas de cuando te llevé al sótano de aquel viejo castillo?

—Sí, me acuerdo.

—¿No viste una piel humana, toda la pieza entera, sobre una mesa de operaciones?

Una suave y tersa piel, cuidadosamente colocada... ¿No te dije que la vieja aristócrata ya no iba a venir, y que ya todo era inútil…? ¿No te había dicho, con anterioridad, que tu piel era maravillosa...? Pues de todo ello, sin duda, dedujiste algo...

—Sí —repuso Elisabeth Wood—, deduje que estaba usted loco.

—No me importa que pongas en duda mi razón —confesó el jorobado— mientras te avengas a mis condiciones...

—¿Condiciones?

—Sí, eso he dicho. Pero haces cara de cansada, de agotada. Antes de hablar, de escucharme, necesitas comer algo y beber un par de copas.

* * *

Había comido. Había bebido.

Mientras tanto, Larry Lemon había permanecido tras la cortina de dibujos floreados, sin apenas respirar. Todo aquello le estaba intrigando mucho, cada vez más.

—Ahora estás en disposición de escucharme, ¿verdad?

—Sí —asintió Elisabeth Wood.

—Ante todo, dime... ¿mataste a aquella mujer llamada Cornelia, o te cargaron el mochuelo? Yo leí en los periódicos los pormenores del caso, pero la verdad es que saqué mis propias conclusiones. Tú eras inocente.

—Sí —afirmó ella.

—Entonces, el culpable fue Walter Pulmmer, ¿no es eso?

—Sí —volvió a asentir.

—Una mala faena, ¿eh? —brillaron jubilosos los ojos del jorobado —. Debes vengarte...

—Bien quisiera —asintió—, pero pobre de mí... ¿Qué voy a hacer? ¿Coger un cuchillo

y esperar a que Walter Pulmmer salga de su casa...? Se defendería sin esfuerzo, estoy segura. Yo no haría más que el ridículo.

—Hay otros medios más refinados y sutiles para que vayas directo a esa venganza.

—No sé cómo —se abatió su cabeza, de cabellos grises.

—Te lo he dicho antes, yo puedo devolverte la juventud... ¿Verdad que si fueras joven y bella, como lo eras antes, te verías capaz de todo, de todo...? Pues es todo lo que yo te ofrezco.

—Joven y bella... —murmuró Elisabeth Wood—. Eso ya no es posible.

Desgraciadamente, ya no lo es.

—¿No viste —casi se irritó— aquella piel fina y suave que tenía sobre la mesa de operaciones?

—También vi —repuso Elisabeth Wood— el cadáver en sangre viva de una pobre muchacha. Es usted un criminal.

—Para salirme con la mía, para lograr que la ciencia dé ese paso de gigante, por el bien de la misma humanidad, sí, soy capaz de ser un criminal una y cien veces,.. Pero hasta ahora —agregó— yo no he matado a nadie.

—¿Y esa muchacha, a la que vi con mis propios ojos?

—Necesitaba una piel, joven y lozana —explicó el jorobado—. La pedí muchas veces...

Nadie me la quería vender... Pero yo te aseguro, que con la combinación química que logré en mi laboratorio, tras años de afanosos estudios, una piel puede soltarse de un cuerpo humano sin que ese cuerpo deje de vivir, y luego la nueva piel vuelve a surgir y todo queda lo mismo... Pero la piel extraída sirve para otro cuerpo, un cuerpo viejo...

—La muchacha que yo vi, había muerto...

Elisabeth Wood se sirvió una nueva copa. Se dio cuenta de que la necesitaba.

—A aquella muchacha la saqué sin vida de un coche que acababa de dar tres vueltas de campana. Yo fui el primero en llegar al lugar del accidente... Vi que estaba muerta, pero que su cuerpo había quedado sin heridas... Tan sólo una, profunda, en la nuca... Me la llevé en mi coche.

—Supuse otra cosa —reconoció Elisabeth Wood.

—Yo conocía a una señora aristócrata —explicó el jorobado—. Me había asegurado que estaba dispuesta a ponerse en mis manos, a dejarse operar por mí... A toda costa quería recuperar la juventud... Ella tenía ya sesenta y cinco años, y su amante sólo Veintisiete... Era muy rica, y conseguía retenerle... Pero día a día notaba que le iba perdiendo y su desespero la llevaba hacia mí... Pensé que, finalmente, iba a poder demostrar lo que sabía hacer... Pero ya lo viste, esa mujer, a última hora, cambió de idea, tuvo miedo... Y yo sigo aún esperando mi oportunidad.

—¿Y pretende que esa Oportunidad sea yo? —-preguntó Elisabeth Wood, que de nuevo sintió que necesitaba una nueva copa.

—Sí.

—¿No es mucho pretender?

—Creo que no. Además, no sólo te daré juventud, sino también dinero. El que quieras... Entre una cosa y otra, todo se te allanará... Todo te llevará directo hacia la venganza que necesitas...

Elisabeth Wood volvió a servirse otra copa.

—Lo tengo todo preparado —dijo el jorobado—. Desde hace seis meses lo estoy organizando.

—Está usted loco y quiere volverme loca a mí —y cogió la copa, apurándola de un solo trago.

—Debes confiar en mí.

—Quisiera...

—¡Créeme! —y una vez más sus ojos brillaron como ascuas.

—Sin duda empiezo a estar borracha —masculló entre dientes Elisabeth Wood—, porque empiezo a no desdeñar del todo sus palabras.

—Sabía que llegaríamos a ponemos de- acuerdo.

—¡Yo no he dicho aún...!

—Pero lo dirás.

—No sé... —y añadió—: Quizá sería mucho más sencillo que me tirara al río.

—No, es mejor que te tiendas en la mesa de operaciones.

—Sinceramente, me asusta más la operación.

—Es peor el río —le aseguró—. De allí te sacarían muerta. De la mesa de operaciones saldrás viva y… joven. ¡Maravillosamente joven!

Acto seguido, ambos quedaron callados, silenciosos.

—Hace calor aquí —comentó ella, poco después—. Demasiado. Hasta sofoca este ambiente.

—Podemos seguir hablando fuera —dijo el doctor Lawton, y dejó un billete sobre la mesita.

—Bueno —aceptó ella.

—Se levantaron, alejándose hacia la puerta.

En consecuencia, Larry Lemon se dispuso a salir tras sus pasos. Desde luego, más que nunca le interesaba saber adónde iba a parar aquella mujer.

Pero cuando abandonó la cortina con dibujos floreados y se lanzó hacia adelante, tuvo la mala fortuna de tropezar con una muchacha rubia que solía frecuentar muy a menudo aquel local. Un tropezón sin importancia. Al lado de la rubia, que era una fulana, estaba en aquellos momentos su conquista de aquella noche, un hombre soez y borracho, que detuvo a Larry Lemon por las solapas y le soltó en la cara cuatro o cinco blasfemias de las gordas.

—Con lo mío no se mete nadie, ¡entérate! —barbotó finalmente, dándoselas de matón.

—Disculpe… —dijo Larry—. No ha sido mi intención molestar a la chica…

No quería líos. Tenía que seguir a Elisabeth Wood y al doctor Lawton. Era primordial para él.

Pero el sujeto estaba borracho como una verdadera cuba, y le increpó de nuevo.

—Te he asustado, ¿eh, galán? —y seguía sujetándole por las solapas—. Se te nota en la cara, te has puesto pálido…

Larry Lemon tenía poca paciencia. No podía evitarlo. Lo llevaba dentro, a veces como una virtud y en otras ocasiones como un defecto. Le soltó un derechazo sensacional.

El borracho cayó hacia atrás tras dar un par de tumbos a cual más grotesco. Pero Larry Lemon no pudo seguir su camino tan lindamente como hubiera deseado, pues en el bar había varios amigos del

borracho y todos ellos, ocho o nueve, se levantaron de sus respectivos asientos para ponerse en contra de él.

Larry Lemon se vio obligado, por tanto, a dar derechazos en una y otra dirección. No veía otro modo de quitárselos de encima.

Se lució, era veterano en tales lides. Por lo demás, la contundencia y efectividad de sus golpes no eran ninguna bagatela. Pudo sobradamente con todos.

Sin embargo, para cuando consiguió dejarlos fuera de combate, había pasado ya demasiado tiempo.

Al salir a la calle, la niebla parecía haberse tragado a Elisabeth Wood y al doctor Lawton.

No hubo forma de dar con ellos.

CAPITULO III

Antes de tenderse en la mesa de operaciones, Elisabeth Wood quiso conocer a su hija.

Sabía donde vivía. Sabía donde la encontraría. A menos de cuarenta millas de Londres.

Pero no, no pretendía descubrirle su verdadera identidad. Nada de eso. Sólo verla. Sólo conocerla. No era pedir demasiado.

—Mientras tanto —le había dicho el doctor Lawton—, yo lo prepararé todo...

—¿De dónde sacará la piel? —a Elisabeth Wood ya nada le hacía mella, pero aun así, ahora, se estremeció al pronunciar estas palabras.

—He conseguido una documentación falsa —le refirió el jorobado —. Consta, en la tal documentación, que soy el abuelo de una jovencita que está muriéndose en el hospital...

Tiene deficiencia cardiaca y no durará más de uno o dos días... Así que fallezca, yo me presentaré y reclamaré el cadáver. Como no tiene a nadie...

—Comprendo.

—Es una joven de apenas dieciséis años. Tiene una piel que parece seda —y añadió—: Una piel tan maravillosa como la que antes tenías tú. Ya verás, será un éxito...

—Mejor si es así —pero ella a su vez agregó—: De todos modos, creo que está abusando de mí, doctor, de lo mucho que he sufrido y de mis lógicos deseos de venganza.

—Pensarás de distinta forma cuando te mires al espejo. ¡Ya lo verás! ¡Ya lo verás!

Sin saber exactamente qué pensar, Elisabeth Wood se fue en busca de su hija.

Al llegar allí, a aquella pequeña localidad, vio que la casa era de planta baja, muy blanca, muy limpia, con un pequeño jardín alrededor. Una valía de madera cerraba el recinto. Era una casa casi idéntica a las colindantes. Estaba situada en un silencioso y apacible lugar. Elisabeth Wood se acercó poco a poco.

Pero se detuvo apenas alcanzó la valla de madera, pues cogiendo

flores se hallaba allí una joven que no hacía falta que nadie le presentara... ¡Era su propia imagen, con veinticinco años menos! ¡Una copia exacta, de lo que ella había sido!

—Buenos días... —saludó Elisabeth Wood, forzando una sonrisa —, ¡Qué flores más bonitas hay en su jardín!

—Sí, son muy bonitas —sonrió Irene, pues así se llamaba su hija. Y ofreció—: ¿Quiere que le haga un ramo, señora?

—¡Oh, no quiero molestarla!

—No es ninguna molestia —le aseguró, llena de espontaneidad y simpatía—. Es un placer, se lo aseguro.

—Es usted muy amable... —pero Elisabeth Wood no resistió su emoción y se echó a llorar.

—¿Qué le sucede, señora? —Irene se le había acercado solícitamente—. ¿Por qué llora...? Si yo puedo ayudarla en algo...

—Discúlpeme —sollozó.

—Tiene usted aspecto de haber sufrido mucho... —había quedado vivamente impresionada al ver de cerca aquel rostro surcado de implacables arrugas.

—Sí, mucho —asintió.

—Lo lamento de veras, señora ¿Quiere pasar y tomar conmigo una taza de té? Mis padres han salido y me haría usted compañía. Se lo ruego, no me diga que no...

—Es usted muy gentil, muy buena —sollozó de nueve—. Debe tener unos padres encantadores...

—Me quieren mucho. Yo también les quiero mucho a ellos. Por favor —insistió—, pase...

—Es imposible —dijo Elisabeth Wood—. Se me hace tarde. No soy de aquí y tengo que regresar... Me están esperando... Adiós, señorita...

Y echó a correr.

—¡Señora, sus flores! —exclamó Irene—. ¿No las quiere?

—Otro día... otro día, vendré por ellas... —le agitó la mano en señal de despedida, mientras seguía sollozando.

La operación duró ocho horas.

Fue una operación pavorosa, horripilante. Los pormenores no pueden especificarse.

Sobrepasan los límites de lo real, de lo admisible, de lo humano.

El despertar fue dolorosísimo. Fortísimas dosis de calmante apenas podían mitigar tan dantesco sufrimiento. Pero el doctor Lawton no se cansaba de decir: —Todo ha ido perfectamente.

Elisabeth Wood sólo sabía que estaba vendada de arriba abajo, como una momia.

Sólo le quedaba libre la boca.

Estaban en una vieja casa, que el doctor Lawton había alquilado al poco de salir del manicomio. Una vieja casa situada en el casco antiguo de la ciudad de Londres. Todas las puertas y ventanas habían sido herméticamente cerradas. Nadie debía entrar allí. Bajo ningún concepto.

—¿Qué hace usted ahora...? —preguntó Elisabeth Wood unos días después, oyendo un tintineo especial.

Aún estaba vendada. Aún se sentía una momia. Pero ya no sufría. En absoluto.

—Preparo un tinte —dijó el jorobado—. Sí, tus cabellos canos es lo único que ahora delata vejez en ti. Hay que arreglar este último pormenor. Hecho esto —puntualizó—, te quitaré las vendas y dejaré que te mires al espejo.

Cuando así lo hizo, un grito se escapó de los labios de Elisabeth Wood.

¡Pero no era un grito de horror!

¡Era un grito de triunfo, de júbilo...!

CAPITULO IV

Tras resultar inútiles todos sus esfuerzos por encontrar de nuevo a Elisabeth Wood, pieza y clave del asunto que le habían encomendado, Larry Lemon se vio obligado a admitir que lo sucedido parecía haber sido una pesadilla. Sólo eso.

Pero sabía que, por el contrario, aquellos hechos habían estado cargados de pavorosa y siniestra autenticidad, así que presintió que algo horrendo y espeluznante podía surgir en el momento más inesperado.

Sin embargo, ahora ya no podía hacer otra cosa que ir a Pantterman, a la casa que durante unas semanas iba a ser el hogar del multimillonario Walter Pulmmer, de sus tres hijos, Henry, Robert y Edward, y de su rubia y encantadora sobrina. Una vez allí actuaría en consecuencia, según considerara.

La verdad es que se sintió profundamente desconcertado al ver aquella casa.

Tratándose del multimillonario Walter Pulmmer, se esperaba algo de mucha más categoría. Y sin embargo, era aquél un simple caserón, sin pretensiones de ninguna índole.

Por lo demás, se comprendía que su propietario quería que siguiera de aquel modo.

Todo se hallaba como muchos años atrás.

—Una rareza de hombre rico, ¿no es eso? —preguntó Larry Lemon a la muchacha.

—Mi tío nació aquí, y le tiene cariño a esto. Dice que todo lo que hay aquí le reconforta, le tonifica. Viene a menudo... Asegura que en ningún sitio se siente mejor.

—Comprendo, sentimentalismo —y Larry Lemon no volvió a hablar de ello, dio el tema por zanjado.

Se fijó, no obstante, en que el lugar no resultaba ciertamente nada agradable. Por un lado, la pequeña localidad de Pantterman, cargada de niebla desde el amanecer hasta más allá de medianoche. Por el otro lado, el cementerio con sus cipreses poco crecidos, como anémicos, y sus lápidas deterioradas, como olvidadas del mundo.

—Allí reposa mi pobre tía Cornelia —le hizo saber Jennifer Bacall —. Mi tío Walter la hizo traer aquí… Yo pienso —añadió— que quizá por eso a mi tío le gusta venir a este lugar. Así está por unos días más cerca de ella.

—¿La quería mucho? —indagó Larry, para ir tomando apuntes al respecto.

—Sí, sí. Para él fue un golpe muy duro que la asesinaran. Tardó en rehacerse.

En el caserón sólo había un sirviente, un viejo sirviente que atendía al nombre de Harris. Era un hombre pequeño, enjuto, que se esforzaba por desempeñar su trabajo con entera y absoluta eficacia.

—Es muy fiel —le informó la muchacha.

Cuando Walter Pulmmer conoció al novio de su sobrina, se mostró amable y atento, incluso simpático. Pero, indudablemente, no le dio demasiada importancia a aquella presentación.

—No te lo tomes a desatención —le sonrió Jennifer—. Es que ya no me hace caso… Le he presentado ya tres novios… Tú eres el cuarto…

—¡Vaya, vaya! —exclamó Larry Lemon, y acto seguido—: Anda, dime, ¿qué tenían de malo esos otros novios?

—El primero era demasiado bajo —apuntó ella.

—Date cuenta, por eso no quedará la cosa —repuso él, irguiendo su alta estatura.

—El segundo era demasiado soso, poco apasionado.

—Otro punto a mi favor —bromeó Larry—. Ya te irás dando cuenta…

—El tercero era tonto.

—Has tocado mi punto fuerte. Yo soy un tipo muy listo.

—Pues nada —se rió ella—, se ve que esta vez he tenido mucha suerte.

Poco después, Larry Lemon conocía a los hijos del multimillonario. Los tres se parecían mucho, altos, rubios, un poco pecosos. Los tres le resultaron sumamente agradables.

Seguidamente le enseñaron la habitación que le habían destinado,

amplia, confortable. Pensó que allí dormiría muy a gusto si las circunstancias se lo permitían.

—Esto parece un poco deprimente, ¿verdad? —opinó Jennifer ai día siguiente de su llegada, mientras se hallaban desayunando—. Pero todo cambia de aspecto en cuanto organizamos una fiesta.

—¡Ah!, ¿pero organizáis fiestas aquí…? —se extrañó Larry.

—Sí, y tienen éxito, lo pasamos estupendo. En realidad, a nuestras amistades les encanta el lugar, el ambiente, el decorado… Se lo toman como una excentricidad, que aplauden de antemano… La explanada que hay frente a la casa se llena de coches últimos modelos… Resulta divertido, sí, te lo aseguro…

* * *

Pero la fiesta que iba a celebrarse allí, de divertida no iba a tener absolutamente nada.

Antes de eso, no obstante, había de suceder algo que había de dejar atónitos, estupefactos, y no sólo eso, sino también realmente espantados, a todos los de la casa.

Estaban acabando de cenar. Harris les había servido dos platos sencillamente exquisitos, y ahora degustaban el postre, asimismo delicioso. Iban a felicitarle.

En eso, le oyeron gritar…

Pero gritar una y otra vez de un modo extraño, como hacen los indios en las películas de cow-boys cuando preparan el sacrificio de un ser humano.

Echaron atrás las sillas y se levantaron de la mesa, acercándose a las ventanas.

Miraron hacia fuera, hacia la explanada, que era de donde procedían aquellos desconcertantes y guturales sonidos.

Entonces vieron a Harris rellenando de gasolina un hoyo, que él mismo debió estar cavando, porque antes, allí, la tierra permanecía lisa y uniforme. Los bidones vacíos los iba dejando allí cerca, amontonados. Había ya muchos.

—¿Qué haces, Harris? —le preguntó Walter Pulmmer, tras abrir la ventana y asomarse. Se sentía verdaderamente desconcertado—. ¿Y por qué gritas así…?

Harris ni le oyó. Seguía llenando el hoyo con verdadero frenesí, y seguía, por lo demás, gritando de aquel modo.

Aquello no tenía explicación. Era algo inadmisible, fuera de toda lógica.

De pronto, todos ellos quedaron estremecidos, subiéndoles y bajándoles por la columna vertebral, y volviéndoles a subir y a bajar, como un montacargas, un escalofrío sencillamente aterrador.

Harris, viejo, pequeño y enjuto, se había metido en aquel hoyo, ya hasta su borde relleno de gasolina. El líquido le cubrió hasta las rodillas. Acababa de sacar una caja de cerillas...

—¡No! —exclamó Henry, el hijo mayor del multimillonario.

—¡Detente! —exclamó a su vez Robert, el mediano.

—¡No hagas eso! —elevó la voz cuanto pudo Edward, el hijo menor.

—No, no... —murmuró espantada Jennifer Bacall, la sobrina.

Pero todos se quedaron quietos, inmóviles, clavados los pies en el suelo. Incapaces de reaccionar ante lo espeluznante del caso.

No así Larry Lemon, que sólo vio una posibilidad de salvación para aquel hombre: salir del comedor a todo correr y llegar a tiempo de impedirle cometer aquella locura.

Pero por desgracia, apenas llegó a la explanada situada ante la fachada principal del caserón, la cerilla, ya encendida, había sido arrojada al hoyo, sin que temblara, en absoluto, la mano que la dirigía.

Surgió al acto una devastadora llama, que devoró implacablemente al suicida...

Un suicida que, con los brazos en alto, convertidos ya en puras antorchas, quiso morir riendo... Inició, incluso, una carcajada...

Pero no se salió con la suya. Y la verdad es que murió dando el alarido más horrendo que oídos humanos oyeran jamás.

CAPITULO V

Tal hecho fue olvidado fácilmente. Harris no era más que el viejo sirviente de la casa.

Se dio por descontado que había sufrido un ataque de enajenación mental y que eso era todo.

Llegó, pues, relativamente pronto, la primera fiesta. Esa fiesta que de divertida no iba a tener nada...

Por su parte, Walter Pulmmer apareció ya con la frente ensombrecida, evidentemente molesto y malhumorado.

—¿Qué te pasa, tío? —le preguntó Jennifer, que llevaba un delicioso vestido de noche, blanco, juvenil.

—Me tienen muy disgustados mis hijos —contestó.

—¿Cuál de ellos? —preguntó la muchacha.

—He pluralizado, ¿no?

—¡Ah!, se trata de los tres. ¿Pues qué te han hecho, tío? Yo no sé nada.

Larry Lemon permanecía, como solícito, gentil y enamorado novio, muy cerca de la muchacha. Se había vestido de smoking, para estar a tono con las circunstancias. Por lo visto, y como siempre, los invitados iban a ser de mucha categoría.

—Los tres están enamorados de una tal Margot, que según dicen es la mujer más hermosa que han conocido en su vida.

—Vaya... —y Jennifer se lo tomó a broma, aunque procurando disimularlo un poco porque conocía el carácter de su tío.

—De lo que se desprende —añadió Walter Pulmmer— que tanto Henry, Robert como Edward, son unos perfectos estúpidos... Porque esa tal Margot no tiene ni una libra, es más sobre que las ratas. Ellos mismos me lo han dicho.

—El dinero no lo es todo, tío.

—Además—hizo constar—, no me gusta nada esta rivalidad entre hermanos.

—Aunque tienes algo de razón, no frunzas tanto el entrecejo, vas

a causar mala impresión a Larry... —sonrió, queriendo quitarle importancia a todo aquello.

Ya estaban llegando los primeros invitados.

Un rato después, Henry, el hijo mayor, se acercó al hombre afortunado, multimillonario, que al parecer lo tenía todo. Que al parecer lo había conseguido todo.

—Vengo a decirte algo, padre. Algo que... —pero su vacilación fue breve— que no va a gustarte.

—Pues si no me gusta lo que dices, será como si no lo hubiera oído. Ya lo sabes.

Unas palabras secas, adustas. Como era proverbial en él. Queriendo imponerse a todos, incluso a sus hijos por los que en realidad sentía una verdadera adoración.

—La he invitado, padre.

—No sé de quién me hablas, Henry' —pero lo sabía, por descontado que sí, se lo había estado temiendo una docena de veces.

—Te hablo de Margot... —y haciendo más firme su acento—: Pero si no la hubiera invitado yo, lo hubiera hecho Robert, o Edward, así que para el caso es lo mismo —y sentenció—: Los tres hemos perdido el buen sentido por ella.

—No me gusta que te expreses así —le reprochó, con gesto duro.

—Comprendo que no te guste, pero es la verdad. Además, ¿quieres saberlo todo? Yo no tengo inconveniente en decírtelo. Ayer discutimos a causa de ella. Sí, los tres, y acabamos diciéndonos cosas horribles. Imagínate, incluso llegamos a amenazarnos unos

a los otros... ¡Nos amenazamos de muerte!

—¡ Cállate! —le exigió.

—Te pongo al corriente de los hechos y aún te quejas. No eres comprensivo, padre.

—Quiero que haya paz entre vosotros, esto lo primero.

—Poca paz podrá haber —convino— con una mujer como Margot entre nosotros.

—Bien mirado —reconoció Walter Pulmmer—, me gustará conocerla. Debe tratarse de una aventurera. Bueno será que yo me dé

cuenta de ello —reflexionó— para que pueda preveniros...

—Respecto a mí, padre, de poco va a servirte lo que puedas o no prevenirme... Por ella sería capaz de cualquier cosa, de cualquier disparate.

—Confío en que a tus hermanos no les haya cogido tan fuerte. En cuanto a ti, hablaremos largo y tendido sobre ella en otra ocasión. Pero espera primero a conocerla.

—A mis hermanos les ha cogido tan fuerte como a mí —dijo Henry—, Sólo que Edward, el pequeño, parece el favorito. El otro día estuvieron juntos... Sí, padre, juntos... Y no me estoy refiriendo a un paseo romántico bajo la luz de la luna...

—¿Pues a qué te estás refiriendo? ¡Habla de una vez! ¡Sin tantos rodeos!

—Se reunieron en un parador de la carretera, en uno que hay denominado «El Canto del Ruiseñor, o algo parecido. Alquilaron una habitación, la número siete...

Walter Pulmmer había quedado pálido, demudado, ante la coincidencia de tales pormenores,

—Allí estuvieron juntos más de dos horas —siguió diciendo Henry, y crispaba la mandíbula—. Más de dos horas... —e ironizó—: ¿Qué te imaginas tú que pudieron estar haciendo...? Pero aun así, yo no me resigno a perderla. ¡ La quiero para mí!

—Cállate ya...

—Pero Margot niega que eso del parador sea cierto. Dice..., dice..., que su preferido soy yo. Pero creo que esto nos lo dice a los tres... —y de súbito, con inusitada admiración—: ¡Ya está aquí!

* * *

Cuando Walter Pulmmer miró hacia la puerta de entrada y vio aparecer a Elisabeth Wood, creyó que había perdido la razón, que un desatinado desvarío agarrotaba su mente.

Pero no, no podía ser ella...

Desde otro ángulo de la estancia, Larry Lemon también estaba ahora con la vista fija en la recién llegada. Al verla entrar, se había quedado como quien ve visiones. Era la misma muchacha que, teniendo él apenas nueve años, vio cómo se detenía junto a la parada

del «bus», Pero Larry Lemon sacudió la cabeza, se desaturdió y dejó de mirarla a ella para ver cómo reaccionaba el dueño de la casa

Walter Pulmmer se decía que eso que veía era imposible. Ella era todo frescor, lozanía... Y su vestido contribuía enormemente a destacar sus encantos, pues dejaba al descubierto sus hombros, el inicio de sus senos, su espalda... Desafiaba a todos con la belleza incomparable de su piel joven, tersa...

Se parecía tanto a Elisabeth Wood, que... era idéntica. ¡Exactamente como si esos veinticinco años no hubieran transcurrido!

El mismo, Walter Pulmmer, contaba ya sesenta años. Había perdido la esbeltez, tenía el cabello blanco. Sí, quieras o no, habían pasado todos esos años.

Así pues, aquella belleza tentadora no podía ser Elisabeth Wood. Claro que no. Había que encontrar otra explicación.

Cualquier otra.

La que fuera.

La joven, apenas dio un par de pasos por la primera pieza, se detuvo y miró a su alrededor.

Henry, Robert y Edward se le acercaron. Los tres casi al mismo tiempo. Los tres, ansiosos, ávidos, por recibir su primera sonrisa, su primera dulce mirada.

Pero la primera mirada de ella fue para Walter Pulmmer... Pero de dulce no tuvo nada.

Fue una mirada fija, larga, sencillamente estremecedora.

Foco después se acercaba a él.

Walter Pulmmer tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla. Temía caer de espaldas. Estaba lívido, hasta dar la sensación de que se sentía mortalmente enfermo.

El saludo de ella empeoró la situación. La empeoró hasta límites siniestros.

—Hola, Walter —dijo, y su voz era la misma, la de siempre, él la hubiera reconocido entre mil—. ¿Ya no te acuerdas de mí?

Pero instantes después, Edward la sacaba a bailar, y este hecho facilitó el que Walter Pulmmer pudiera reaccionar. Pero necesitó hacer un esfuerzo desesperante, ímprobo, casi inhumano.

Pero ¿hasta qué punto ciertamente su reacción fue auténtica, verdadera? Incluso al propio Walter Pulmmer le hubiera costado decirlo.

Lo cierto es que se sentía sin salir de su asombro, de su perplejidad. ¡Aquello era imposible, inadmisible! Por más que sus ojos lo estuvieran viendo, no, no podía creer-

lo... ¡Resistirse a creerlo era lo sensato, lo razonable, lo cuerdo!

Sin embargo, Elisabeth Wood estaba allí en persona, con su belleza, con su mirada, con su voz... ¡Sí, era ella! ¡Tenía que aceptarlo! ¡Tenía que admitirlo! ¡Sin remisión!

Larry Lemon se había acercado a él.

—¿Se encuentra mal, señor Pulmmer? —le preguntó.

—No, no... —respondió—. Me ha dado un pequeño mareo, pero ya se me está pasando. No se preocupe.

—¿No quiere nada?... —insistió.

Quería ver hasta dónde acusaba el impacto recibido.

—Ya estoy bien, de veras.

Larry Lemon se retiró junto a una de las ventanas, y allí se quedó como simple espectador de lo que pudiera suceder. De vez en cuando echaba una ojeada fuera, hacia la explanada situada frente al caserón. Pero sólo veía por allí los coches de los invitados.

Más allá estaba Pantterman, cargada de niebla desde el amanecer hasta más allá de la noche. Por el otro lado, sabía que se hallaba el cementerio, donde días antes fue enterrado el cuerpo de Harris. Bueno, lo que quedó de su cuerpo, que fue bien poco.

—Si sigues así, eso de que eres mi novio no va a creérselo ni el más tonto —oyó que le decía Jennifer Bacall, situándose a su lado.

—Si te desatiendo, es porque estoy aquí, ante todo, como detective, ¿no es eso?

—Sí, claro —admitió, pero el tono le salió un poco quejoso—. No obstante, como todo va bien, como no pasa nada de extraordinario, supongo que podrías por lo menos sacarme a bailar.

—De acuerdo —asintió—, ya que todo va bien, ya que no pasa nada de particular... —prefería no contarle nada. De momento. Iba a asustarla demasiado.

Ya se dejaban llevar por la música, cuando Jennifer Bacall le reprochó:

—Bailas conmigo, pero es a ella a quien te comes con la mirada... ¡Oh, qué novio más... más...! —no concluyó.

—¿Celosa? —se rió Larry Lemon.

—¿Sería extraño, acaso, que lo estuviera de una mujer tan maravillosamente hermosa...? Hay que reconocerlo, Margot es la más guapa de todas las presentes...

Pero no estoy celosa. Ni lo sueñes. Me he limitado a aclararte la situación.

—Yo voy a aclarártela aún más —dijo él, y cogiéndola por el brazo se ¡a llevó lejos.

Lejos del salón. Donde no había nadie. Allí la besó en la boca tan largamente que la muchacha se quedó sin oxígeno en los pulmones.

—Por lo que dejé a mi segundo novio, por soso, seguro que no te dejaré a ti —sonrió Jennifer, cuando el apasionado beso concluyó.

—Pues si supieras las ideas que respecto a esta cuestión se me ocurren, y que no me desagradaría nada llevar a la práctica...

—Stop, Larry.

* * *

Walter Pulmmer consiguió la serenidad suficiente para acercarse a Elisabeth Wood, que en aquel momento se hallaba rodeada de sus tres hijos y decirle:

—Me gustaría hablar con usted, ¿Quiere venir conmigo unos minutos? Se lo ruego.

—Encantada —dijo ella, sonriendo. ¡Con aquella sonrisa fresca, maravillosa, que siempre había sido uno de sus mayores encantos, uno de sus más subyugantes y fascinantes atractivos!

Poco después, habían salido a la explanada, junto a los coches aparcados. Se habían alejado de las luces del caserón. Quedaron frente a frente, mirándose.

—¿Eres tú...? —preguntó él, a su pesar, castañeteándole los dientes—. ¿Eres tú de verdad...?

—Sí, Walter —repuso ella—. ¿Aún lo pones en duda?

—No, ya no —admitió—. Claro que no.

—No esperabas volver a verme, ¿verdad? No esperabas volver a verme en el resto de tu vida.

—Pero ¿Cómo estás así… así…? Tan joven… Parece como si el tiempo no hubiera transcurrido para ti.

—Pues ha pasado, y muy lentamente. ¿Sabes, Walter?, en la cárcel se está muy mal.

La más buena se vuelve a allí perversa. Yo he salido con un odio horrendo hacia ti…

—No comprendo cómo estás tan… tan joven —no se quitaba la idea de la cabeza una idea que le martilleaba—. ¿Te han estirado la piel…? ¿Cirugía estética…? Pero ni aun así. No aparentas más de veintidós o veintitrés años…

—Pues tengo ya más de cincuenta. Tú lo sabes.

—Mis tres hijos están muy enamorados de ti —se atragantaba al hablar y seguían castañeteándole los dientes.

—Sí, ya lo sé —ella hablaba con calma—. Yo les incito, les provoco uno contra el otro… Supongo que ya lo adivinas. Quiero que se odien, que se destruyan, que se maten entre sí… He venido a vengarme de ti, Walter. Lo que hiciste conmigo fue ignominioso…

—Sí, sí, lo fue —reconoció, con un miedo pavoroso helándole la espina dorsal—.

Pero yo no maté a Cornelia… Te juro que finalmente no fui yo quien la maté… Pero ésta es otra cuestión, claro… —y añadió—: Por favor, deja tranquilos a mis hijos.

—Quiero vengarme, ya te lo he dicho.

—Véngate en mí… Ellos no tienen la culpa-de nada. Ellos son inocentes.

—Te dolerá más el daño que les haga a ellos…

Se hallaba aterrorizado. Pero aun así encontró fuerzas para inquirir de nuevo:

—¿Cómo es que estás así… así…? Resulta inadmisible… Explícamelo. Explícamelo para que no crea estar ya en el otro mundo.

—No lo estás —le aseguró—. Antes lo estarán tus hijos… Todos…

Uno tras otro... Me lo he jurado a mí misma... Hasta que tú te sientas enloquecido por el terror...

—¡No, Elisabeth, no! —y el miedo crecía dentro de él, le aprisionaba, le cercaba implacablemente.

—Sí, Walter, sí... —ella seguía hablando con calma—. Ha llegado el momento de tu penitencia... Y ha de ser una penitencia amarga, terrible, tanto como han sido para mí esos veinticinco años.

—Si tan poca huella han dejado en ti, ¿no vas a poder perdonarme?

—¡Jamás! —sonó implacable su voz. Y agregó—: Vamos a convertirnos en despiadados y acérrimos enemigos. Tú, intentando defender a tus hijos y yo, obstinada en su destrucción.

—No voy a poder hacer nada contra ti... —murmuró, fatalista—. Esto es el destino.

—¿Pues qué esperabas? ¿Que la buena suerte te durara siempre...? —y puntualizó—: Querías el dinero, te sobraba la esposa y estabas ya harto de la amante...

Una buena carambola y perdiste a la esposa, te desembarazaste de la amante y te quedaste con todos los millones... Sí, perfecto. Pero tu buena suerte se te acabó ahora... Bueno, creo que ya nos lo hemos dicho todo. Hasta otra, Walter.

Abandonó la explanada, dejando a Walter Pulmmer hundido, desfallecido.

No atinaba a hacer nada. Siguió inmóvil.

Le vencía el miedo, el pánico.

Le vencía aquella horrenda sensación de irrealidad.

Por su parte, ella se vio detenida antes de entrar en el caserón.

Larry Lemon se le puso por delante. Con esa desenvoltura y naturalidad que no solía_ perder nunca, ni siquiera en situaciones tan insólitas y desconcertantes como aquélla.

—Buenas noches, Elisabeth Wood —saludó.

—Buenas noches —respondió ella—. Pero yo me llamo Margot... Usted me confunde con otra.

—No, no la confundo, y usted lo sabe perfectamente —y añadió

—: Fui a verla a la cárcel y…

—Yo no he estado nunca en la cárcel —le cortó—. Por lo demás, he leído bastante sobre esa Elisabeth Wood que usted me acaba de mencionar. Tiene ya más de cincuenta años, ¿no? Siendo así, convenga conmigo en que no me halaga usted mucho al decirme que soy ella…

—Me estoy enfrentando a un hecho tan auténtico como alucinante, ya lo sé. No, no voy a desconcertarme tan fácilmente. Tal vez porque sé que existe el doctor Lawton y…

—¿Cómo ha dicho? —inquirió, demostrando por un momento que sus nervios se alteraban.

—El doctor Lawton —repitió él—, un hombre jorobado que ha permanecido tanto como usted en la cárcel, él en un manicomio. Un hombre de cuya ciencia usted se ha fiado… Pero yo no puedo decir, ni aun viéndola como la veo, que usted y él hayan triunfado… No, me resisto a decirlo… Estoy convencido de que hay una frontera entre la vida y la muerte, entre la juventud y la vejez… Sus leyes son inmutables… Es locura pretender salvar, violar esa frontera…

—Le he dicho que mi nombre es Margot —y queriendo acabar con aquella conversación—: Por favor, déjeme pasar.

Larry Lemon se hizo a un lado.

—Lo que usted mande, Elisabeth Wood.

* * *

Se habla empeñado en regresar sola, tal como había llegado. No quiso que nadie le acompañara.

Al volante de su coche deportivo, levantó una mano en señal de despedida y se alejó del caserón. Allí quedaron, respondiendo a su saludo, los tres hijos del multimillonario.

Pero allí cerca había alguien más, Larry Lemon, al acecho, no queriendo perderse la ocasión de seguirla. Necesitaba saber adónde iba.

La siguió con su coche, pero a prudencial distancia para que su presencia no fuera reparada. Desde luego, la niebla le ayudaba a pasar desapercibido.

Ella llegó a una pequeña casa, situada ya muy cerca de

Pantterman, cuyas puertas y ventanas se hallaban herméticamente cerradas. Bueno, todas no; una ventana, en el piso, se hallaba ligeramente entreabierta. Llamó de un modo particular, y entonces alguien, no se vio quién, le franqueó la entrada. En seguida se coló dentro.

Larry Lemon ya había averiguado algo. Sabía que era allí donde actualmente vivía aquella mujer. Pero saber eso no le bastaba. El quería ahondar más en todo aquel asunto.

Por eso se las ingenió para subir por una de las tuberías del agua y alcanzar la techumbre de la casa. Desde allí, poco después, se deslizó por otra cañería hasta esa ventana que se hallaba un tanto entreabierta.

Oyó esta conversación:

—¿Cómo te ha ido, Elisabeth?

La pregunta la había hecho el doctor Lawton, el hombre jorobado.

—Ha ido todo perfectamente —dijo ella—. Me acerco a pasos agigantados a la venganza.

—Pero recuerda lo que te he dicho y repetido —el tono del doctor Lawton se hizo sumamente grave—: debes ir con cuidado. No puedes exponer tu piel a brusquedades de ninguna clase. Las consecuencias podrían ser fatales. Piensa que, en esa juventud que ahora tienes, está el triunfo mío… Ese triunfo con el que he de presentarme al Colegio de Médicos, exigiendo que se me rehabilite… Lo harán, cuando todos se den cuenta de que soy un genio… Entonces, incluso me reverenciarán… Pero si a ti te sucediera algo malo, todo se vendría abajo…

—Me cuidaré —dijo Elisabeth Wood—. Por la cuenta que me trae, no cometeré la menor imprudencia. Pero debo llevar a cabo mi venganza.

—Lo comprendo, lo comprendo… —admitió. Pero de pronto, con los ojos hechos puras ascuas, el doctor Lawton se ofreció—: ¿Quieres que yo te ayude? ¿Quieres que te ayude a vengarte…? Si con ello evito peligros a tu piel…

—Me basto yo sola —repuso Elisabeth Wood.

—¿Hasta dónde, exactamente, pretendes llegar? —quiso saber—. A mí puedes decírmelo. ¿Quieres que mueran sus tres hijos? ¿Es eso,..?

—Sí —asintió Elisabeth Wood—. Han de morir todos, los tres,

para que Walter Pulmmer se encuentre solo, ¡solo!, y no dé finalmente con otra solución mejor que pegarse un tiro, o rociarse con gasolina y prender una cerilla, cómo hizo su sirviente Harris.

—Compréndeme —dijo el jorobado—, sufro pensando que pueda pasarte algo malo.

Si te peleas con alguien, o si alguien te trata mal, puede estropearse tu piel. Al menor rasguño podría sobrevenir una infección y… No, no quiero ni pensarlo. El éxito ha sido completo y quiero que el Colegio de Médicos se vea obligado a reconocer que hizo una terrible injusticia el día que me expulsó…

—No quiero ayudas —dijo Elisabeth Wood—. Pero sabré cuidarme. Quédese tranquilo.

—¿De veras no quieres que te ayude? Mira que, por evitar peligros a tu piel, sería capaz de un crimen… o de dos… o de tres…

—No es preciso, Larry Lemon pensó que ya había oído bastante. Por el momento no necesitaba oír más. Se descolgó por la cañería y regresó al caserón.

Al llegar allí, le expuso al dueño de la casa, sin la menor pérdida de tiempo, la conveniencia, la necesidad más bien, de que se fueran de aquel lugar.

—¿A qué viene esto…? —preguntó Walter Pulmmer.

Larry Lemon le dijo que su opinión era ésa. Por el bien de ellos mismos debían hacerlo así.

—Aunque sus hijos no alcancen a comprenderlo, sé que usted entiende muy bien lo que le estoy diciendo…

—No, no le entiendo.

Estaba claro que Walter Pulmmer no quería hablar, ni sincerarse, ni reconocer que tenía miedo. Ni darse por aludido en ningún sentido.

Larry Lemon no tardó en hacerse cargo de que, enfocado así el caso, poco iba a poder hacer él. Más que poco, nada.

* * *

Era noche cenada. Una noche cargada de niebla.

Walter Pulmmer no podía conciliar el sueño. ¡Cómo iba a poder con aquellas increíbles y escalofriantes circunstancias abatiéndose

estremecedoramente sobre él!

Bastante había hecho aceptando los hechos… ¡Otro hubiera perdido la razón con mucho menos!

Estaba en su dormitorio, levantado, paseando inquietamente de un lado para el otro. Se mesaba los cabellos. Buscaba una explicación a lo que parecía no tenerla.

En eso se acercó a la ventana y miró, como inducido por un sexto sentido, hacia el exterior.

Quedó inmovilizado.

Había visto una silueta de mujer que cruzaba sigilosamente la explanada. Llevaba un chal oscuro, con el que se cubría la cabeza y se envolvía los hombros.

—Es Elisabeth… —murmuró Walter Pulmmer, aunque sin reconocerla, meramente deduciendo—. Debe estar citada con alguno de mis hijos. Con uno de los tres…

Miró con más atención.

La silueta de la mujer se esfumó al dar la vuelta a aquella esquina del caserón.

«Debo intervenir», pensó Walter Pulmmer.

Pero se dijo, seguidamente, que debía asegurarse. Primero era preferible que supiera cuál de sus hijos merecía las atenciones y las preferencias de Elisabeth Wood.

Continuaría en su lugar de observación, favorecido por la circunstancia de que la luz de su dormitorio se hallaba apagada. De este modo, nadie sospecharía que estaba despierto.

Sin embargo, por más que estuvo allí mirando, observando atentamente cuanto se movía o agitaba en la explanada, nada volvió a ver.

Todo permanecía quieto.

Como si, con anterioridad, sólo hubiera visto visiones. Meras y puras visiones.

Pero él sabía que sus ojos no le habían engañado. Sabía que lo que había visto no era un espejismo.

Así que, finalmente, optó por salir del caserón y constatar

personalmente lo que sucedía.

Pero cuando llegó a la explanada, no vio absolutamente nada de particular. Todo era silencio. Quietud. Sólo se movía el aire y la niebla, y un no sé qué que estremecía hasta los huesos.

De pronto, un grito horrendo, aterrador, salió de su garganta. Un grito que despertó a todos los de la casa.

* * *

Minutos antes, Edward, el hijo menor del multimillonario William Pulmmer, estaba paseando por los alrededores del caserón. No le molestaba la oscuridad. Tampoco la niebla. Iba fumando un cigarrillo.

Le pareció oír un ruido y alzó la mirada, quedándose sorprendido al ver la visita que tenía.

—¿Tú...?

—Sí, yo —dijo la persona que acababa de llegar.

—No puedo creerlo... —musitó Edward.

—Créelo. ¿No estoy aquí?

—Sí, sí...

Al poco, la persona que acababa de llegar junto a Edward se le acercó más, diciéndole:

—Mira esto...

Había colocado algo ante sus ojos.

—¿Qué es...? —preguntó Edward, mirando el objeto en cuestión.

—¿No lo ves? Un puñal de hoja muy estrecha y aguda... Un estilete... Un estilete...

—Sí, lo veo —asintió—, pero no comprendo... ¿Qué vas a hacer con él? ¿Para qué lo llevas?

—Para esto...

Y la mano que sostenía el estilete se alzó rápida y descargó un furibundo golpe en el pecho de Edward.

Dio de lleno donde quería, y la muerte de Edward resultó casi instantánea.

Pero no acabó aquí el terror de esa escena. Porque aquella mano desgarró el pecho, en un tajo atroz, hasta conseguir que el corazón apareciera a la vista.

Y no se conformó con eso, sino que asestó puñaladas continuas al cráneo, hasta que el cerebro salió por más de un sitio. Y de un nuevo golpe le amputó la nariz, y luego le rompió varios dientes… Y en su desquiciado arrebato terminó partiéndole la yugular y abriéndole el vientre, dejando que aparecieran los intestinos…

Todo igual, exacto —una auténtica carnicería— a otro crimen que había sido llevado a cabo veinticinco años atrás.

CAPITULO VI

En efecto, el grito de Walter Pulmmer había despertado a todos los de la casa.

Y ahora, tras unos minutos estremecedores, el multimillonario se había puesto a sollozar convulsivamente.

—¡Maldita! ¡Maldita Elisabeth!

Le oyó*su hijo Henry.

—¿Qué dices, padre?

Walter Pulmmer alzó el rostro, que ocultaba entre sus manos temblorosas, convulsas.

—¡Maldita Margot! ¡Maldita Margot! —exclamó para que su hijo le entendiera mejor.

—¿Es que has perdido el juicio, padre? —le reprochó Henry—. Margot no tiene nada que ver con esto...

—¿Supones, acaso, que ha sido ella? —intervino el otro hijo, Robert—. ¡Oh!, padre, sí que has perdido el juicio si de verdad piensas eso.

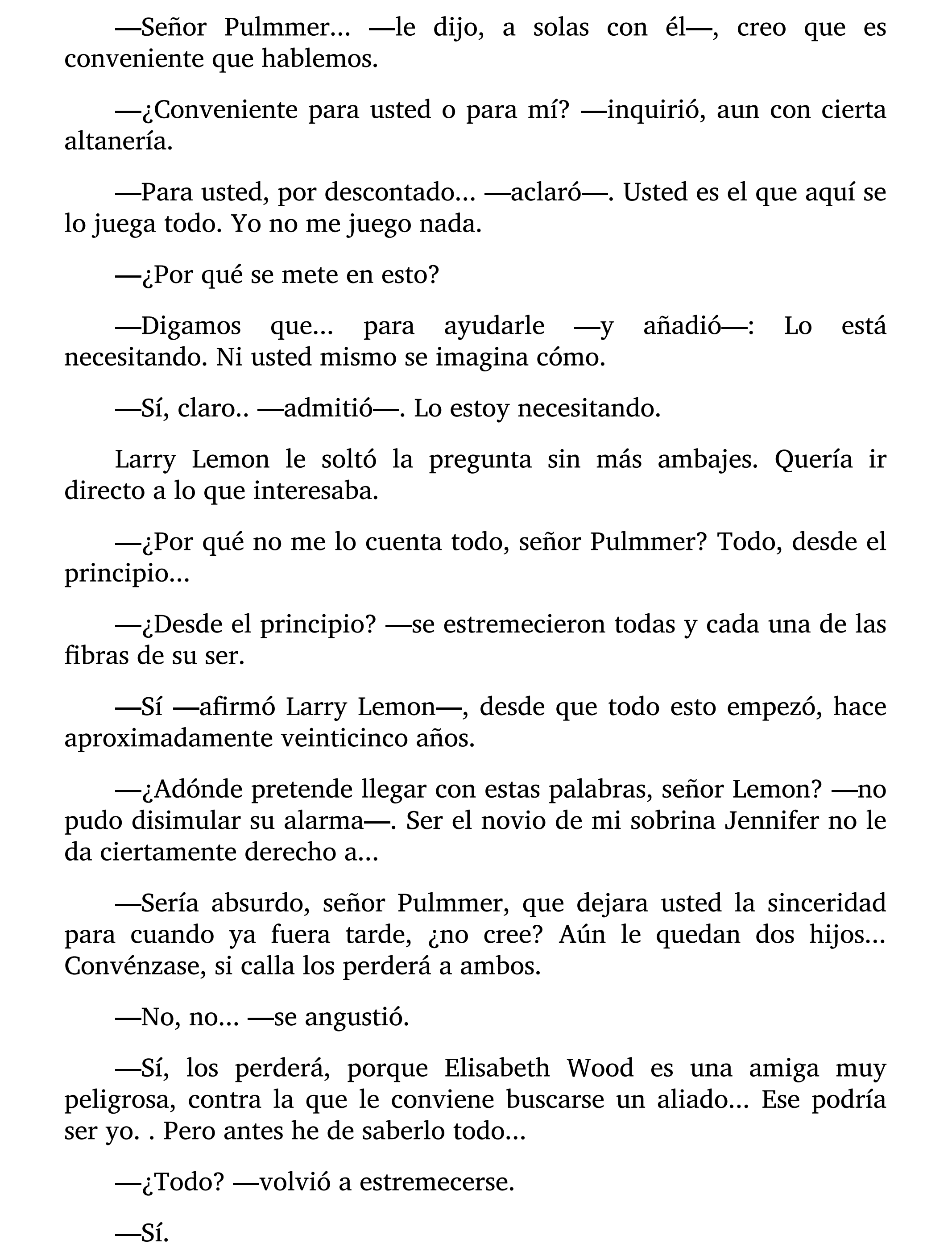
Larry Lemon estaba allí, junto al multimillonario, mirándole fijamente. Como queriendo decirle que aquello hubiera podido evitarse. Tal vez hubiera bastado marcharse del caserón.

También había aparecido Jennifer. Ya estaban todos, trágicamente reunidos.

Jennifer, ante el cadáver de su pobre primo Edward, se echó a llorar desgarradoramente, y Larry la cobijó entre sus brazos.

Jennifer Bacall pensó que esos brazos eran lo más dulce y confortador que ella podía esperar en unos instantes tan amargos como aquéllos.

Un rato después, Larry Lemon consideró llegado el momento de abrir brecha en aquel asunto. Era la más idónea de las ocasiones. Walter Pulmmer se hallaba desesperado ante aquella terrible y pavorosa muerte.



—Señor Pulmmer... —le dijo, a solas con él—, creo que es conveniente que hablemos.

—¿Conveniente para usted o para mí? —inquirió, aun con cierta altanería.

—Para usted, por descontado... —aclaró—. Usted es el que aquí se lo juega todo. Yo no me juego nada.

—¿Por qué se mete en esto?

—Digamos que... para ayudarle —y añadió—: Lo está necesitando. Ni usted mismo se imagina cómo.

—Sí, claro.. —admitió—. Lo estoy necesitando.

Larry Lemon le soltó la pregunta sin más ambajes. Quería ir directo a lo que interesaba.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, señor Pulmmer? Todo, desde el principio...

—¿Desde el principio? —se estremecieron todas y cada una de las fibras de su ser.

—Sí —afirmó Larry Lemon—, desde que todo esto empezó, hace aproximadamente veinticinco años.

—¿Adónde pretende llegar con estas palabras, señor Lemon? —no pudo disimular su alarma—. Ser el novio de mi sobrina Jennifer no le da ciertamente derecho a...

—Sería absurdo, señor Pulmmer, que dejara usted la sinceridad para cuando ya fuera tarde, ¿no cree? Aún le quedan dos hijos... Convénzase, si calla los perderá a ambos.

—No, no... —se angustió.

—Sí, los perderá, porque Elisabeth Wood es una amiga muy peligrosa, contra la que le conviene buscarse un aliado... Ese podría ser yo. . Pero antes he de saberlo todo...

—¿Todo? —volvió a estremecerse.

—Sí.

—No sé por dónde empezar —reconoció.

Desde luego, comprendía que no podía seguir callando. Hacerlo implicaría caer más y más inexorablemente en aquel infernal abismo. Sí, lo mejor era buscarse un aliado, y juntos defender a Henry y a

Robert. Y ningún aliado mejor, ni más de fiar, que el novio de su sobrina. Bastaba mirarle para comprender lo mucho que valía en todos los sentidos.

—Si quiere, puedo preguntarle yo… —se aventuró a decir Larry Lemon—. Sería una manera como otra de ir directo al caso…

—Como quiera —aceptó, pese a todo considerándolo lo más conveniente.

—¿Fue usted, señor Pulmmer, quien asesinó a su esposa?

Se quedó blanco como un muerto.

—No, no… —jadeó, tras unos segundos de sudar a borbotones—. Le juro que yo no fui.

—Por lo poco que sé de todo aquello, deducía que fue usted —y agregó—: Eso cree también Elisabeth Wood, la mujer que pagó por un crimen que no había cometido.

—Estaba dispuesto a matar a Cornelia, sí, lo admito… —todo él temblaba. De pies a cabeza. Parecía puro azogue—. Lo preparé todo para que Elisabeth cargara con las culpas… Sí, lo admito también… Sin embargo, cuando llegó el momento, me sentí incapaz de hacerlo. Pero, pero…

—Pero ¿qué? —inquirió Larry Lemon.

—Alguien la asesinó. Alguien que, al verme flaquear ya con el estilete en la mano, creyó que iba a hacerme un bien… Y quiso hacérmelo, porque había estado muy enferma una hija suya y yo le había ayudado mucho, cuanto había hecho falta, sin límites económicos. Quiso de esta forma demostrarme su gratitud… Ya muerta Cornelia, no me quedó otro remedio que seguir con el plan trazado.

—Y se la cargó Elisabeth Wood.

—Sí —admitió—. Ya no era posible otra cosa.

—¿Tiene pruebas de esto que acaba de contarme, señor Pulmmer? Me gusta pisar sobre suelo firme, compréndalo. ..

—No tengo pruebas. Tendrá que fiarse de mi palabra. Puedo decirle, sin embargo, por qué se suicidó Harris… Por qué se suicidó de aquel modo tan espeluznante…

—Dígamelo y lo sabré.

—Fue él quien asesinó a mi esposa Cornelia. Al ver que me faltaba la decisión, cogió el estilete y… Pero el somnífero no había surtido en mi esposa el efecto deseado, y se despertó en aquel preciso instante… De ello que la lucha fuera horrenda, despiadada…

Harris era pequeño, enjuto, poca cosa, y mi esposa era fuerte. Pero Harris llevaba el arma… En fin, ¿qué más voy a decirle? Todo está dicho ya… El resto sé deduce… A través de los años, Harris acabó trastornado por los remordimientos y quiso, evidentemente, castigarse a sí mismo… Por eso se .suicidó de aquel modo…

Después de estas palabras, Larry Lemon ya no pudo dudar de la veracidad de tal explicación. Se había ceñido estrictamente a la verdad. No cabía ya suponer otra cosa.

—Le creo, señor Pulmmer.

—¿Y sigue deseando ayudarme…? —preguntó—. No soy un asesino, pero durante todos estos años he encubierto a Harris… Pero de mis pecados —se apresuró a decir— no tienen culpa mis hijos.

—Por descontado que no. A propósito, a su debido tiempo pagaría usted con generosidad a Harris, ¿no es eso?

—No —dijo Walter Pulmmer—. Harris no quiso aceptarme nada. Lo había hecho para corresponder a lo que hice por su hija, no por otra cosa… Me pidió, tan sólo, que le permitiera venir a cuidar de este caserón… —y casi sin transición—: Me ha dicho antes que Elisabeth Wood es una enemiga muy peligrosa… —y temblando como una hoja —: ¿Acaso la ha reconocido usted…?

—Elisabeth Wood y Margot —dijo Larry Lemon, con naturalidad — son una misma persona. ,

—¿Cómo ha podido usted saber…? —el desconcierto le hacía ahora pestañear.

—Se lo diré a su debido tiempo —le interrumpió—. Ahora hemos de ir directo a lo de más vital importancia. Deben irse inmediatamente de aquí. Me refiero a sus hijos y a usted.

—Mañana enterrarán a Edward, junto a su madre, en el cementerio que hay cerca de aquí. Hemos de estar presentes.

—No les aconsejo que esperen a mañana.

—Hágase cargo…

—Insisto. No sigan aquí.

Pero no hubo manera de convencerles. Ni al padre ni a los hijos. A ninguno de los tres.

Se quedaron.

* * *

No obstante, antes del día siguiente había de llevarse a cabo entre ellos una conversación que hubiera resultado ridícula, absurda, casi graciosa, a no ser porque en realidad lo tuvo todo de sencillamente sobrecogedora.

Walter Pulmmer se empeñó en asegurar a sus dos hijos que Margot no les interesaba, que era un error lamentable que se hubieran fijado en ella. Pero sus argumentos se estrellaron implacablemente ante esos apasionados sentimientos que sentían hacia aquella deslumbrante y hermosísima mujer.

Perdiendo el dominio de sus nervios, Walter Pulmmer barbotó finalmente:

—¡Es mejor que lo sepáis, esa mujer ha sido mi amante! ¡Mi amante! —y puntualizó— : No me estoy refiriendo al presente, sino a muchos años atrás... ¿Qué edad creéis que tiene en realidad...? ¡Pues yo os lo diré! Más de cincuenta años... Cincuenta y dos para ser exactos...

—Padre, para desanimarnos, ¿no se te ocurre otro modo más razonable de enfocar esta cuestión? —y Robert se hubiera reído, y de buena gana, de ser otras las circunstancias.

—¡Si está fresca y lozana como una flor! —exclamó Henry—. No debe de tener más de veintidós años...

Walter no sabía cómo convencerles de la verdad. De esa verdad que se le escapaba de entre los dedos como agua que no pudiera contener.

Jennifer miraba con compasión a su tío. No sabía la verdad del pasado, ni la sospechaba siquiera, pero lo veía sufrir horriblemente y ella a su vez también sufría.

Larry Lemon insistió:

—Así que el entierro se haya efectuado, deberán marcharse inmediatamente.

—No me iré de este lugar —dijo Henry, con tono firme—

mientras Margot viva aquí, cerca de Pantterman.

—Lo mismo digo yo —aseveró Robert.

—Siendo así —masculló Larry Lemon, dirigiéndose a la muchacha —, no respondo de nada. Absolutamente de nada. Declino toda responsabilidad.

* * *

Elisabeth Wood se presentó en el caserón. Dio el pésame a Henry y a Robert, que fueron los primeros en recibirla, y seguidamente se dirigió hacia Walter Pulmmer que era la viva estampa de la desolación.

Una desolación que se hundía en el miedo, en el pavor. Algo que sólo él era capaz de comprender y asimilar en toda su monstruosa angustia.

—Ha sido horrible lo sucedido —le dijo ella—. Cuando me he enterado, no podía creerlo...

Estaban alejados de los demás. Podían hablar sin temor a ser oídos.

Walter Pulmmer fijó en Elisabeth Wood sus ojos extraviados.

—¿Y tienes aún el valor de decirme esto? —y con temblores de enfermo—: Te vi anoche... Llevabas un chal oscuro, con el que te cubrías la cabeza y te envolvías los hombros... Cruzaste la explanada, entre la niebla, y...

—No pudiste verme —repuso ella—. No era yo. Figuraciones tuyas.

—¿Por qué no confiesas que has sido tú quien le ha matado? Ya tienes uno menos...

—Te equivocas, Walter. Yo no tengo nada que ver con la muerte de tu hijo Edward.

—El odio que sientes hacia mí, te ha hecho esgrimir el estilete y...

—Te precipitas en tus deducciones, Walter —aseguró Elisabeth Wood—. Desde el principio, yo busco que tus hijos se odien, que se destruyan entre sí... Que se destruyan implacablemente, hasta que no quede ninguno con vida... Para que así quede colmada mi venganza... Pero yo, «directamente», no he tenido que ver con la muerte de tu hijo menor...

—No te creo, Elisabeth. Además, ¿acaso has estado insinuando que ha podido ser Henry o Robert quien...? —y con un desgarro horrible en la voz—: ¡No, no conseguirás que dude de mis propios hijos! Por más odio que les hayas metido dentro del cuerpo, ellos se han querido siempre. Se han querido mucho y...

—Yo también te quise mucho a ti —le interrumpió ella—, y ya ves, ahora el odio me devora, me consume...

—No, no puedo saber exactamente si has sido tú —Walter Pulmmer seguía con sus temblores de enfermo—. No, no puedo saberlo. Pero lo averiguará la policía...

—La policía —dijo ella con sarcasmo— no siempre averigua la verdad. Supongo que eres de mi mismo parecer, ¿no es eso?

Pasados unos minutos, Elisabeth Wood entró en la habitación silenciosa y tétrica donde se hallaba el túmulo con el ataúd. El hijo mayor, Henry, la acompañaba.

Allí se encontró con Larry Lemon y con Jennifer. Les hizo un breve saludo con la cabeza.

Sólo eso.

Seguidamente, Elisabeth Wood murmuró una plegaria. Como hacían los amigos y conocidos que estaban llegando al caserón y pasaban por aquella estancia.

El ataúd permanecía aún abierto. El rostro de Edward se hallaba violentamente crispado. En cuanto a sus párpados, no se había conseguido que quedaran cerrados, y a través de ellos sus pupilas inmóviles parecían buscar al asesino. Una apreciación a la que contribuía el tembloroso reflejo de las velas.

Elisabeth Wood salió pronto. No se sentía a gusto en aquella habitación, aunque le extrañaba que fuera así. ¿No había deseado, una y cien veces, que los hijos de Walter Pulmmer, uno a uno, implacablemente, fueran cayendo...?

Ya fuera de aquella estancia, Elisabeth Wood se despidió de todos y se retiró, Larry Lemon la acompañó hasta su coche, entreabriéndole amablemente la portezuela.

—He tenido mucho gusto en volver a verla, Elisabeth Wood. ¿O prefiere que la llame Margot,..? Bueno, el inspector Bannen, que ya está metido en el caso, no creo que tarde en aclararnos este pormenor.

Ella hizo como si no le hubiera oído, y le dio al acelerador.

Apenas se veía ya el coche a lo lejos de la carretera, camino de Pantterman, cuando Larry Lemon oyó aquel pavoroso grito.

Un grito largo, casi interminable.

Un grito que había salido de la garganta de Walter Pulmmer!

* * *

Minutos antes se había llevado a cabo una escena muy parecida a la que tuvo lugar el día antes.

Sólo que, en esta ocasión, el protagonista había sido Robert, el hijo mediano del multimillonario.

Hundido en un sillón, en una estancia alejada de donde se hallaban las visitas que iban a dar el pésame, se esforzaba por contener los sollozos. Edward estaba muerto y él sentía un dolor muy intenso dentro de su .pecho.

—Quisiera poder consolarte —sonó una voz muy cerca de él.

Robert alzó la mirada.

—¿Tú...?

—Sí, yo —contestó la persona que acababa de acercársele. Y sin más—: Mira esto...

—¿Qué es? —preguntó Robert.

—¿No lo ves? Un puñal de hoja muy estrecha y aguda... Un estilete... Con algo así debieron acabar con la vida de Edward.

—No comprendo. ¿Para qué lo llevas...? ¿Qué pretendes...? ¿Y para qué me lo enseñas?

—Te lo voy a decir.

Y se lo dijo, pero sin necesidad de palabras.

Primero quitándole la vida de un golpe certero, infalible, mortal de necesidad. Después se lo dijo —pero ya Robert no había de enterarse— dándole de puñaladas, una y otra, sin descanso, hasta dejarle como a su otro hermano. Exactamente igual.

De nuevo una espantosa y horrenda carnicería.

* * *

Ante el grito proferido por Walter Pulmmer, todos se apresuraron a ir a su encuentro.

Le encontraron en la habitación donde se hallaba colocado el túmulo con el ataúd: ¡Pero en el interior del ataúd no se hallaba, como antes, el cadáver de Edward...! Allí, dentro de la caja tétricamente negra, se hallaba ahora Robert, el hijo mediano...

El cadáver de Edward estaba tirado en medio del suelo, como un fardo.

* * *

—¡Deben descubrir al culpable! —gemía Walter Pulmmer una y otra vez, y sus temblores de antes eran ya, ahora, verdaderos espasmos—. ¡Deben descubrir al asesino!

—Acabo de telefonear al inspector Bannen —dijo Larry Lemon, que hombre práctico, eficiente, acababa de hacer lo dicho—. Me ha asegurado que dentro de breves minutos estará aquí,

—Es monstruoso lo que están haciendo conmigo —gimió de nuevo Walter Pulmmer—. Monstruoso...

—Procura serenarte, tío —rogó Jennifer.

—¡No voy a poder soportarlo! —exclamó, y sus entrecortados gemidos le sacudían el cuerpo como si de latigazos se trataran—. ¡Esto es superior a mis fuerzas! ¿Y Henry...? — inquirió— ¿Dónde está ahora Henry, el último de mis hijos...?

Poco después llegaba el inspector Bannen. Un hombre serio, grave, dispuesto a esclarecer el caso. Pero Larry Lemon sabía que aquel caso no era corriente y que iba a tenerlo complicado. Mucho más de lo que debía estar figurándose.

El inspector se dirigió a la habitación en que se hallaba el túmulo con el ataúd. Había que confrontar los hechos. Esto lo primero.

Walter Pulmmer le acompañó, pero apenas llegó allí, volvió a gritar. Esta vez cayó de rodillas.

Jennifer Bacall, por su parte, se tuvo que apoyar en Larry para no desvanecerse del todo.

En el negro ataúd ahora ya no estaba el cadáver de Robert... Allí dentro se veía a Henry, al hijo mayor... ¡Muerto! ¡Muerto!

Y las características de su muerte habían sido exactas... a las de

sus otros hermanos.

Una tercera y estremecedora carnicería.

Una cuarta., si se cuenta el crimen cometido hacía ya más de veinticinco años.

Y el cuerpo de Robert, que había sido el segundo en ocupar un lugar en aquel ataúd, se hallaba tirado en el suelo, de cualquier forma, sin contemplaciones. Como un segundo fardo. Sobre el cadáver de Edward.

Junto a esos dos cuerpos sin vida, un chal oscuro de mujer.

CAPITULO VII

Elisabeth Wood detuvo el coche y se apeó.

Le había oído llegar porque la puerta de la casa se abrió antes de que llamara.

—¿Todo ha ido bien? —se apresuró a preguntarle el doctor Lawton.

Ella no respondió. Estaba con sus pensamientos. Andaba y se movía maquinalmente.

¿Qué era, exactamente, lo que estaba sintiendo en lo más hondo, en lo más profundo de su ser?

—¿Todo ha ido bien? —insistió el jorobado.

—Sí —dijo, para que no siguiera importunándola.

Se dirigió hacia el diván. Se desplomó allí.

—¿Qué te sucede? —se asustó el doctor Lawton—. ¿No te encuentras bien, Elisabeth?

No iba dejarla tranquila.

—Sí, me encuentro bien.

—No me engañes.

—No, no...

Transcurrido un rato, viéndola más recuperada, optó por darle aquella noticia. Tenía que dársela. No le quedaba otro remedio.

—Ha estado aquí... No puedes imaginarte quién... Tengo que decírtelo... Debes saberlo...

—¿A qué viene tanto misterio? —se extrañó ella—. Si alguien ha estado aquí y yo debo saber quién es, pues dígamelo. Ya está —creyó comprender—. Ha venido el inspector

Bannen haciendo preguntas...

—No se trata de la policía.

—¿Entonces? —preguntó.

—Ha venido la madre..., bueno, de alguna manera he de llamarla,

la madre de tu hija.

—¿Cómo? —respingó Elisabeth Wood.

No podía esperarse aquello.

—Quería verte —le hizo saber el jorobado—. Quería verte a toda costa. Ha dicho que era muy importante. Pero su pretensión —puntualizó— resulta imposible en tus actuales circunstancias... Así que le he dicho que estabas de viaje. Un viaje largo, del que tardarías en regresar.

—Ha hecho usted bien.

—Entonces me ha dejado esta carta. Me ha rogado que la hiciera llegar a tus manos —y se la entregó—. Aquí la tienes.

Temblándole mucho las manos, Elisabeth Wood rasgó el sobre y extrajo el papel que contenía.

Sólo había escritas unas pocas líneas:

«He tenido que decirle a Irene que no soy su madre. He tenido que decirle que su madre es usted. Me he visto obligada a explicarle su verdadera historia. Ahora quiere conocerla, y ante su ferviente deseo yo no puedo hacer nada más que esto, escribirle y decírselo. Deseo ante todo la felicidad de Irene, a quien he llegado a querer como si fuera verdaderamente mi hija.»

No ponía nada más. ¡Pero era mucho...! ¡Mucho más de lo que era capaz de soportar su corazón de madre!

Y era ésta la gota que faltaba para que se desbordara esa inmensa congoja que Elisabeth Wood sentía dentro de su pecho. La sentía desde no hacía mucho, pero había surgido con tan abrumadora fuerza, con tan arrolladora intensidad, que ahora comprendía que ya todo era inútil...

¡Inútil!

—No me sirve de nada ser joven —murmuró—. Me siento agotada, acabada, terriblemente vieja...

—¿Qué dices? —barbotó el doctor Lawton.

—Me veo a mi misma ridícula, absurda... Y creo que sigo queriendo a Walter. , Y ahora, ahora mi hija quiere conocerme... ¡Y esto es imposible siendo yo joven! Pareceríamos hermanas, en lugar de madre e hija... ¡Quiero ser vieja, doctor Lawton! —y gritó,

desgarradoramente—: ¡Quiero ser vieja como cuando salí de la cárcel!

—¡No sabes lo que estás diciendo! —barbotó de nuevo el jorobado.

—¡Quiero ser vieja! —sollozaba Elisabeth Wood—, ¡No me importan las arrugas! ¡No me importan! ¡Yo quiero a mi hija!

Y a partir de aquel momento, como si el solo hecho de desearlo fuera suficiente, su piel empezó a arrugarse.

—¡No! ¡No! —exclamó horrorizado el doctor Lawton.

La piel seguía arrugándose. De un modo implacable. Lentamente, muy lentamente, pero sin pausa.

Elisabeth Wood observaba sus brazos, sus manos... La tersura de su piel iba desapareciendo. Las arrugas aparecían por doquier.

No estaba asustada.

Pero el doctor Lawton sí lo estaba, más bien espantado, horrorizado. Aquello equivalía a la destrucción de todos sus sueños.

—¡No! ¡No! —barbotada insistentemente—. ¡Esto no es posible! ¡No es posible!

No mucho después, se dio cuenta de que aquella piel se estaba infectando.

—Me encuentro mal... —se quejó Elisabeth Wood.

—Acuéstate. Te daré unas pastillas.

Pero Elisabeth Wood se sentía cada vez más enferma. Comprendió que aquello iba a ser el final. El final de todo.

—Quisiera hablar con Walter Pulmmer... Por favor, doctor Lawton, vaya a buscarle en mi nombre. Por favor. . —se lo pidió humildemente.

El jorobado no quiso negarse a aquello. Comprendió que era el deseo de una moribunda.

* * *

—Vengo de parte de Elisabeth Wood. Está enferma y quiere verle. Le suplica que vaya...

Podría ser una trampa. Una encerrona. Walter Pulmmer lo sabía.

Pero la respuesta salió sin vacilaciones.

—Vamos.

—Yo le acompaño —dijo Larry Lemon, que se hallaba presente y había oído aquellas palabras.

—No hace falta… —empezó a decir.

—Le acompaño —repitió, con firme decisión.

Poco después llegaban a la casa, en el coche de Larry. Walter Pulmmer y el doctor Lawton se habían acomodado en los asientos de atrás.

¿Qué iba a salir de aquella entrevista? Era difícil saberlo. Muy difícil.

Aquello equivalía a un interrogante.

Walter Pulmmer fue el primero en entrar en aquel cuarto, donde Elisabeth Wood se hallaba acostada. La vio… Su piel se había arrugado horriblemente. Además, tenía infectadas y purulentas sus articulaciones. Oyó que jadeaba su voz.

—Esta vieja soy yo… Sí, yo… La otra era una quimera, que se ha truncado ya para siempre.

Walter Pulmmer volvió a sentir que lo irreal le rodeaba. Que lo irreal se ensañaba con él. Sacudió la cabeza para aclarar sus ideas, para desaturdirse. Por lo menos para intentarlo.

Pero era demasiado intensa la magnitud de aquella pesadilla para que tan pronto pudiera hacerse cargo de la realidad. Lo real y lo irreal perdían ya sus auténticos contornos, se difuminaban, no tenían ya silueta definida.

Larry Lemon, por su parte, permanecía más atrás, pero atento a todo lo que le rodeaba. Atento, sobre todo, a lo que hiciera el jorobado. No me fiaba nada de él. Veía en sus ojos brillantes, muy brillantes, una expresión que no le gustaba. Eso le obligaba a permanecer en guardia.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó Walter Pulmmer a la enferma.

—Debía mi juventud a una operación quirúrgica, una operación que parecía un éxito…

Pero ya ves, no lo ha sido… La ciencia del doctor Lawton parecía alcanzar en su genialidad lo inalcanzable… Pero hay una frontera

entre la vida y la muerte, entre la juventud y la vejez… —y miró a Larry Lemon, recordando aquellas palabras, que ahora ella se limitaba a repetir—. Son leyes inmutables… Es locura pretender salvar, violar esa frontera…

—Creía que ya nada podía estremecerme —dijo Walter Pulmmer —. Estaba equivocado. Me estremece oírte.

—Acércate, Walter,

Este dio unos pasos, llegando hasta el lecho, y se quedó con la mirada clavada, como hipnotizada, en aquel cuerpo que a ojos vistos se estaba descomponiendo materialmente.

—He de hablarte —repuso Elisabeth Wood—. Es preciso que lo sepas… No puedo dejarlo para otro momento. Ese otro momento quizá no exista.

—Te escucho.

—Ante todo has de saber que yo no he matado a ninguno de tus hijos… A ninguno… Te lo juro, Walter, por esa vida que ya huye de mi cuerpo.

Y hubo tal tono de estremecedora, profunda y desgarrada sinceridad en aquella voz ya medio moribunda, que Walter Pulmmer, a pesar suyo, se vio obligado a comprender que no le mentía. Que le decía la verdad. La pura verdad.

Una verdad que Larry Lemon había ya presentido. Aquella mujer no era más que una pobre e infeliz criatura. Mucho más buena de lo que ella misma pudiera creer.

—He querido hacerte daño —murmuró Elisabeth Wood—, creía odiarte hasta el desvarío… Pero me engañaba amargamente a mí misma… La prueba está, Walter, en que… ¿No te dijeron que estuve con tu Edward en el parador de la carretera, en El Canto del Ruiseñor, en la habitación número siete? Todo lo urdí para hacerte sufrir lo indecible…

Pues bien… Así pasé unas horas de amor coa él… ¡Imagínate, Walter, yo a mis cincuenta y tantos años con un fogoso y apasionado joven…! Tenía que haberme sabido a gloria aquel placer… Pues no… no… ¿Sabes por qué, Walter? Pues porque… porque… ahora ya sé por qué…

—Dímelo —la voz del multimillonario cobró humanidad por primera vez en mucho tiempo.

Adivinaba lo que iba a decir.

—Porque sigo queriéndote a ti. Es para echarse a reír, ¿verdad, Walter? Veinticinco años de cárcel por culpa de la villanía de un hombre y, en definitiva, no saber odiarle…

Se detuvo un instante. Jadeante prosiguió:

—Pues bien, Walter, por ese amor que te he tenido siempre y que aún te tengo, te juro que yo no he matado a ninguno de tus hijos… Te lo juro, asimismo, por ese perdón que te ofrezco casi con mi último aliento… Te lo juro por esa hija que tuvimos… Cuya existencia tú siempre has ignorado…

—¿Una hija? —retembló su cuerpo.

—Sí, una hija, se llama Irene. La prohijó un matrimonio, personas buenas y decentes, pero humildes… Tú eres rico… No la desampares, protégela… Es tan hija tuya como podían serlo Henry, Robert y Edward… Yo no voy a poder hacer nada por ella, hazlo tú. Te lo pido encarecidamente…

Pero Elisabeth Wood no pudo seguir hablando. Le acometió un gran sofoco y acabó cayendo desfallecida sobre las almohadas.

—Deben irse —dijo entonces el doctor Lawton—. Ahora debe descansar. Vuelvan mañana si quieren.

—Volveré mañana —repuso Walter Pulmmer, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, aturdido y desconcertado hasta no saber si estaba en este mundo o si se hallaba ya en el otro.

Pero ya fuera de la casa, el aire cargado de niebla le dio en la cara y entonces supo que seguía en la tierra.

Larry Lemon le había cogido por un brazo, para ayudarle a salir de allí. Le veía tambaleante.

Llegaron hasta el coche. Lo ocuparon.

Desde el asiento colocado ante el volante, Larry volvió su mirada hacia la puerta de la casa? donde seguía el jorobado, cuyos ojos brillaban demasiado. Este detalle le estaba haciendo recelar…

* * *

El doctor Lawton consiguió que la enferma volviera en sí.

—¿Y Walter…? ¿Dónde está Walter…? —fueron éstas sus primeras

palabras.

—Se ha ido, necesitas descanso. Ha dicho que volverá mañana.

—Mañana... —murmuró ella, viendo muy lejano, como perdido en lontananza, el día siguiente.

—Mañana estarás mejor —le aseguró el doctor Lawton—. Todo se habrá solucionado convenientemente.

Y Elisabeth Wood se dio cuenta de que los ojos del doctor estaban brillando como ascuas. ¡ Y le conocía ya tanto...!

—No le entiendo —dijo—. Mi piel se está resquebrajando y pudriendo por momentos.

—Verás... —sonrió el jorobado—. He quitado a Walter Pulmmer las llaves del caserón...

Así podré entrar allí cuando más oportuno me parezca... Y será esta misma noche...

—¿Qué dices? —se asustó Elisabeth Wood—. ¿Para qué ha de entrar usted en aquella casa? ¡Devuélvame esas llaves!

—No, ni pensarlo... —y puntualizó—: Debo entrar allí para dirigirme a la habitación de Jennifer... De la sobrina... Llevaré un algodón y lo empaparé de cloroformo... Me costará un poco dejarla sin sentido... Entonces la cogeré en brazos y me la traeré aquí... ¿No te

has dado cuenta de lo tersa y suave que es su piel?

—¡No! —gritó Elisabeth Wood—. ¡Eso no! ¡Noooo...!

—Será tu salvación. ¿No lo comprendes, Elisabeth? Te operaré de nuevo... Y de nuevo volverás a ser joven...

—¡Yo no quiero ser joven! —gritó de nuevo-—. ¡Y menos con la piel de esa muchacha, que es la novia de Larry Lemon! Su padre me defendió, creyó en mi inocencia...

¡Devuélvame esas llaves! ¡Se lo exijo!

—Poco puedes exigirme... Estás exhausta, sin fuerzas... No puedes ni levantarte de la cama —pero quiso persuadirla—. ¿No te haces cargo de lo que para ti significa una nueva operación? En realidad significa la vida. ¡La vida!

Elisabeth Wood sollozaba.

—Si no contengo esa infección —siguió diciendo el jorobado—,

en menos de cuarenta y ocho horas estarás muerta.

—¡ Prefiero estar muerta que salvarme de ese modo! —exclamó —. Prefiero estar muerta…

—No te hago caso. Deliras.

De repente, Elisabeth Wood se puso a gritar. Parecía ahora como si, después de tan aterradoras amarguras, de tan desquiciados afanes, se hubiera vuelto loca.

Pero estaba cuerda. Más cuerda que nunca. Por eso, tal vez, abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Ahora ya lo sé! ¿Cómo no lo he comprendido antes, estúpida de mí? Fue usted quien mató a Edward, a Robert y a Henry… Lo hizo para evitarme trabajo, para que no se estropeara mi piel… Sí, lo hizo usted para que acabara cuanto antes con mi venganza…

¡Estaba ansioso por presentarme al Colegio de Médicos y demostrar que es un genio!

—No, no he sido yo —dijo el jorobado—. Sospechas infundadamente de mí. De haber sido yo, te lo hubiera dicho.

—¡Miente! ¡Miente! —sollozaba Elisabeth Wood con desesperación—. Deme esas llaves…

Pero la respuesta fue categórica:

—¡No!

CAPITULO VIII

Larry Lemon estaba esperando quedarse a solas con la muchacha. Era de vital importancia que hablasen, y no ciertamente de lo que había sucedido, que esto ya no tenía arreglo, sino de lo que iba a suceder… Porque el último acto, evidentemente, estaba aún por representarse.

Walter Pulmmer se levantó instantes después. Tras concluir su cigarrillo, que más que fumarlo se había consumido lentamente entre sus dedos, dijo:

—Hasta mañana.

—Buenas noches, tío —dijo Jennifer.

—Buenas noches, señor Pulmmer.

Con suma pesadez, como arrastrando cadenas, Walter Fulmmer se encaminó hacia la escalera y poco a poco la lúe subiendo, cogiéndose con esfuerzo a la barandilla.

—No creo que consiga rehacerse —comentó Jennifer.

—Mucho me temo que no —corroboró Larry. Luego añadió—: Pero en realidad, tú ignoras aún el verdadero trasfondo de toda esta historia… Si lo supieras todo, desde sus inicios, aún estarías más convencida de lo que acabas de decir… Sin embargo, ahora no podemos perder el tiempo hablando del pasado… Hemos de enfocar el presente…

Jennifer, estoy asustado por ti… Sé que algo malo va a sucederte, a menos que sepas tomar las medidas necesarias.

—¿Ternes, acaso… —tembló la voz de ella— que ahora me toque a mí? ¿Es eso, Larry?

—Sí —reconoció—. Lo que sucederá, no lo pongas en duda, si haces, como ellos, caso omiso de mis consejos. Porque si Edward, Robert o Henry hubieran seguido mis indicaciones y se hubieran ido de aquí… Estoy convencido de que, en principio al menos, el peligro se hubiera conjurado. Pero se obstinaron en seguir en este case- rón, y ya viste las consecuencias. , Espero que tú te muestres más razonable…

—Sí, Larry —murmuró—. Pero, dime, ¿acaso sospechas de alguien en concreto? Si es así, dímelo por favor...

—Sólo sé, de fijo, que alguien os odia... Os odia a muerte, y bien lo ha demostrado quitando la vida a tus tres primos.

—Sí, tienes razón.

—Pero tampoco tienes que preocuparte demasiado, Jennifer. Te basta tenerte en mí y obedecerme. Yo no he de permitir que te suceda nada malo.

—Gracias...

—Por dos razones fundamentales. La primera, que como detective en funciones no puedo permitir que le alcance ningún peligro a la persona que me ha contratado. La segunda, que no quiero perder a la novia antes de haberme declarado.

—¿Cómo has dicho...? —y se iluminaron los bonitos ojos de Jennifer Bacall.

—Supongo que habrás adivinado que estoy enamorado de ti, ¿no? —sonrió.

—Pues... yo... francamente.

Sin darse cuenta se encontró entre los fuertes brazos de Larry Lemon.

* * *

Ya se habían retirado todos a sus respectivos dormitorios. Ya era medianoche. Ya reinaba en el caserón el más absoluto silencio.

Pero Walter Pulmmer no podía dormir. Estaba levantado. No terminaba de asimilar tanto dolor, tanto asombro, tanto pavor y tanto remordimiento...

Por lo demás, no cesaba de preguntarse quién había matado a sus tres hijos.

No tenía la menor idea. No podía tenerla. Hasta hacía poco creyó firmemente que había sido Elisabeth Wood... Pero no, ella no había sido... Entonces, ¿quién...?

¿Quién era ese enemigo que, escondido cobardemente en el anonimato, entre tenebrosas sombras, asestaba con tanta rapidez su golpe mortal?

Y un sexto sentido, al igual que en aquella ocasión, le indujo a mirar a través de los cristales de la ventana.

Y ahora, como entonces, quedó inmovilizado.

Volvía a ser la silueta femenina... Y el chal oscuro, con el que se cubría la cabeza y se envolvía los hombros.

—Esta vez no vas a escaparte... —murmuró Walter Pulmmer—. Seas un fantasma o no, seas quien fueres, te voy a atrapar...

Pero la silueta de mujer ignoraba que había sido descubierta. Por lo que, serenamente, imperturbablemente, seguía su camino.

Sabía dónde se hallaba situado el dormitorio de Jennifer Bacall. E iba directo a donde le interesaba.

Abrió con sigilo la puerta de entrada. Llevaba llave.

Cruzó el vestíbulo y fue directamente hacia la escalera, que fue subiendo sin hacer ruido.

Una vez arriba, fue pasillo adelante hacia la segunda puerta a la derecha.

Cogió el manillar y lo hizo girar. La puerta se abrió quedamente ante su suave presión.

Jennifer estaba en el lecho. No, no se despertaría siquiera...

* * *

Un rato antes, la muchacha se hallaba acostada, ya a punto de conciliar el sueño, cuando oyó que alguien se acercaba a su cama. Ya antes de abrir los ojos, le dieron ganas de gritar con todas sus fuerzas de sus jóvenes pulmones.

Pero se contuvo al oír la voz de Larry Lemon.

—No te asustes, soy yo.

—¿Qué haces así, en mi dormitorio? —se sentó de un brinco—. ¿Cómo te atreves...?

—Verás... —empezó a explicarle.

—Que estés enamorado de mí, no te da derecho a...

Con un suave gesto de su mano, Larry le tapó la boca.

—Será mejor, preciosa —le dijo—, que no pienses mal de mí y

que te des prisa en salir de la cama... Toma, aquí tienes la bata... Póntela y ven conmigo a un lugar más seguro...

Te advierto —añadió— que el asesino de Edward, de Robert y de Henry, no tardará en entrar aquí...

—¿Quéeee...? —se atragantó la muchacha, que saltó de la cama en menos tiempo del que se tarda en decirlo.

E instintivamente se abrazó, se pegó a Larry, que ante su dulce y tentadora proximidad, no tuvo, empero, más remedio que repetir.

—Anda, ponte la bata, que no tenemos tiempo de tontear,., Por ganas no queda la cosa, pero...

Mientras Jennifer le obedecía, él colocó una almohada a lo largo de la cama, cubriéndola convenientemente con la sábana y la colcha, de forma que pareciera que el cuerpo de la muchacha se hallaba allí.

—Así queda bien —dijo. Y sin más preámbulos—: Anda, salgamos ahora mismo de aquí.

—Pero ¿de veras viene...?

—Sí —afirmó Larry Lemon—, le he visto cruzar la explanada. Dentro de poco habrá entrado en el caserón. Y una vez aquí dentro, seguro que viene a buscarte a ti... A mí los presentimientos nunca me engañan... —y añadió—: Si así lo hace, no escapará. , De eso me encargo yo...

CAPITULO IX

No, no se despertaría siquiera...

A no ser, para, ya casi sin vida, dar los últimos estertores. Alzó el estilete, que brilló a la claridad que entraba por la ventana.

Se acercó al lecho, divisando lo que creía que era el cuerpo de la muchacha. Levantó más la mano homicida y ¡zas!, clavó el filo en aquel cuerpo inexistente...

Era tal su furia, su frenesí, su exasperación, que no se percató de la trampa que le habían tendido. Y siguió dándole a aquel cuerpo, ¡zas!, y ¡zas!...

Pero en eso, oyó un ruido tras sus espaldas y se giró bruscamente.

Allí estaba, en el umbral de la puerta, Walter Pulmmer. Con una pistola en la mano.

Pero la mano tembló convulsivamente.

—¿Tú...? ¿Pero eres tú...? ¿Otra vez tú...? —inquirió perplejo.

No podía creer lo que veía.

Era Elisabeth Wood quien estaba ante él. Y una Elisabeth Wood de nuevo joven, guapa y tentadora.

El chal oscuro la envolvía seductoramente.

¡Era para perder la razón! ¿Cómo no la perdía ya de una vez...? ¿Cómo era capaz de soportar tanto...?

No quiso pensarlo dos veces. Había sido Elisabeth Wood quien había matado a sus tres hijos, y no merecía perdón. Tenía que morir inexorablemente en sus manos.

Apretó el gatillo. Descargó su pistola. No quedó una sola bala en la recámara.

Acribillada a balazos, se desplomó. Aflojó la mano y el estilete quedó en el suelo.

Para entonces, por la puerta habían entrado ya Larry y Jennifer. Ella, enormemente sorprendida de lo que sus ojos presenciaban. El, no tanto, ni mucho menos. Se lo estaba viendo venir. De eso que tomara aquellas precauciones. De eso que, ahora, ni pistola llevara... No hacía

falta tanto para enfrentarse a una mujer, por muy asesina que fuera…

Pero Walter Pulmmer llegó a sentirse enloquecido de terror, cuando aquella muchacha, joven y guapa, despegó los labios, por los que le salía la sangre, y murmuró:

—Papa. Papá… No has debido hacerlo.

—¿Qué dices? —se horrorizó Walter Pulmmer.

Acababa de recordar que Elisabeth Wood le había dicho que tuvieron una hija. Que se llamaba Irene.

—Sí, soy tu hija… Supongo que no vas a ponerlo en duda… Soy igual que mamá…

Walter Pulmmer se acercó a ella, se agachó, incorporándola entre sus brazos. No atinaba a pronunciar palabra.

—Yo he matado a tus hijos. . Iba ahora a matar a Jennifer… Quería dejarte solo… —la sangre seguía fluyendo por las comisuras de sus labios—. Después pensaba buscarte a ti y revelarte mi verdadera personalidad… Tú entonces me acogerías, me protegerías, ¡cómo no, si ya no tendrías a los otros hijos! Y yo acabaría siendo la dueña de toda tu fortuna…

Se detuvo.

Los demás no dijeron nada. Unos y otros se quedaron como meros espectadores.

Ella prosiguió:

—Todo fue bien mientras no supe quiénes eran mis verdaderos padres. Yo me resignaba con mi vida sencilla y con nuestra pequeña casa que rodeaba el jardín… Pero cuando me enteré que mi padre tenía tantos, tantos millones…, la idea me asaltó pronto.

No pude contenerla. Me avasalló con inconmensurable fuerza.

Una nueva interrupción.

De nuevo nadie dijo nada.

Otra vez volvió a hablar ella.

—Matar a Edward fue fácil, estaba paseando por los alrededores, fumando tranquilamente… Me confundió con mamá… Porque mi madre, lo sé, se conserva muy bien… Increíblemente bien… En cuanto a matar a Henry y a Robert, tampoco fue difícil…

Era el día del entierro de Edward, y todos, incluso los nuevos sirvientes, se hallaban aturdidos y sobrecogidos por la pena... Eso me favoreció enormemente, dejándome entrar y salir de este caserón sin complicaciones... Pude, asimismo, apoderarme de una de las llaves de la puerta principal... Para así poder entrar a voluntad...

Otra nueva pausa. Pero ésta más larga. Mucho más larga. Ya casi no podía hablar.

La vida se escapaba de aquel cuerpo, que chorreaba sangre por todos y cada uno de sus orificios.

No obstante, había de proseguir:

—Los maté, como mataron a tu mujer legítima, papá. Leí los pormenores en un periódico de aquella fecha. Los maté así, quizá porque... —vaciló un poco— porque... dicen los doctores que estoy algo enferma de la cabeza. Lo dicen desde que soy pequeña... No sé, puede que sea cierto... Pero los doctores decían que yo era un caso inofensivo... En fin, hoy esperaba acabar con todo... Creía que nada podía fallarme... Pero me ha fallado... Mi propio padre me ha matado...

Se detuvo nuevamente.

Esta vez no prosiguió.

Había muerto.

Walter Pulmmer la dejó caer sobre el suelo, pero lentamente, muy .lentamente. Como si no quisiera hacerle daño. A pesar de todo lo sucedido era su hija.

Después él se fue incorporando, hasta que se colocó en pie. Pero lo hizo de un modo tan tambaleante, que Larry Lemon se puso a su lado dispuesto a ofrecerle su apoyo.

—Cuida de Jennifer —le dijo entonces Walter Pulmmer—. Ella te quiere. Esta vez se ha enamorado de verdad... Que seáis muy felices.

No esperó respuesta, y con pasos imprecisos salió de aquel dormitorio, dirigiéndose al suyo particular.

Una vez allí, no hizo más que una cosa. Colocó una nueva bala en su pistola.

Sólo una.

Con una le bastaba y sobraba.

* * *

El doctor Lawton se habla negado a entregar las llaves del caserón a la enferma. Quería volver a operarla.

Pero al echarle encima una nueva mirada, vio que toda su piel, que todo su cuerpo, se estaba descomponiendo, pudriéndose por instantes. La infección era ya general. Ya no era posible hacer nada.

A través de sus ojos velados por la fiebre, Elisabeth Wood vio cómo el jorobado, finalmente, ponía aquellas llaves en sus manos.

Unas manos que eran ya una pura llaga.

—Gracias, doctor. Es usted muy bueno conmigo... Ahora podré morir tranquila.

No mucho después, sonaba el timbre de la puerta de entrada.

—¿Quién puede ser a estas horas? —preguntó Elisabeth Wood.

—No sé... Voy a ver...

A través de la mirilla, vio que era Walter Pulmmer. Con un rostro lívido, cadavérico.

—Un momento... En seguida le abro... —y luego, ya ante él—: No creía que fuera usted... Quedamos en que vendría mañana.

—He pensado —dijo Walter Pulmmer— que el día de mañana está muy lejos, por lo menos para Elisabeth. Quizá su vida no alcance tanto.

—Es posible —reconoció el jorobado—. Pase.

Walter Pulmmer se dirigió hacia donde se hallaba su antigua amante. Pero a pesar de que iba preparado para verla en muy lamentables condiciones, apenas la tuvo ante sí inició un gesto de retroceso, de espanto. Aquel espectáculo era horripilante.

—¡ Qué alegría me da volver a verte! —exclamó Elisabeth Wood.

—Aquí me tienes... —murmuró él, y se acercó al lecho.

A ese lecho en el que, ya no cabía dudarlo, sólo había una moribunda. Una pobre y desgraciada moribunda.

Estrechó las manos de Elisabeth Wood, sin importarle que la sangre, las llagas y el pus hubieran hecho de ellas algo capaz de revolver cualquier estómago.

—Recuerdas lo que te dije, ¿verdad, Walter? —con una media sonrisa había agradecido su cariñoso gesto, pero lo cierto es que apenas podía hablar. Hacerlo le costaba un increíble esfuerzo—. Tuvimos una hija... Se llama Irene... Es físicamente muy parecida a mí... Voy a morir tranquila, pues sé que tú no la desampararás...

—Claro que no —dijo Walter Pulmmer.

—Harás por ella todo lo que puedas.

—Sí, Elisabeth —prometió—. Haré por nuestra hija lo humanamente posible... Puedes morir tranquila...

—En el cajón de la mesilla de noche encontrarás su dirección. Vete a buscarla. Quería conocerme a mí... También querrá conocerte a ti... —cada vez era mayor el esfuerzo que necesitaba hacer para articular las palabras—. Es una muchacha muy agradable, muy simpática... Yo hablé con ella... Pasé por la casa en que vive... Tiene un pequeño jardín...

Yo la saludé, para entablar conversación, y le dije que eran muy bonitas sus flores... Ella se ofreció a hacerme un ramo... Yo no resistí tanta emoción y me eché a llorar... Entonces ella se preocupó por mí, diciéndome que tenía aspecto de haber sufrido mucho. Después me invitó a tomar una taza de té... Sí, es muy agradable, muy simpática.

—Iré a verla. No te preocupes.

—Este es el final de mi vida —musitó ella, tras una pausa—. Una vida que lo ha tenido todo de horrenda y monstruosa pesadilla.

Elisabeth Wood no volvió a despegar los labios. Quiso hacerlo, pero sus fuerzas no se lo permitieron. Entonces, resignada, cerró los ojos y esperó que llegara el momento definitivo.

Un par de horas después, se dejó oír su último suspiro.

Entonces, Walter Pulmmer metió la mano en el bolsillo de su americana, sacó la pistola y se voló la tapa de los sesos.

CAPITULO X

Aquella tarde, más cargada de niebla que ninguna otra, el sacerdote dijo unas cuantas oraciones junto a aquellos dos ataúdes.

El viento soplaba lúgubremente entre los cipreses.

Cerca de las tumbas se hallaban Larry y Jennifer.

—Nadie ha vuelto a saber del doctor Lawton —dijo la muchacha, que ahora ya sabía toda la increíble historia, desde el principio hasta el final—. ¿Adónde crees tú que habrá ido a parar...?

—Es difícil saberlo —respondió Larry Lemon.

—¿Estaría verdaderamente loco...? —preguntó ella.

—No lo sé —contestó.

Fueron los últimos en alejarse de allí, de aquel cementerio, cerca de Pantterman, donde ya descansaban los cuerpos de Elisabeth Wood y de Walter Pulmmer.

—Vámonos ya...

—Sí, Larry.

Pero de pronto ambos se detuvieron, se inmovilizaron. Acababan de oír un extraño jadeo. Como de alguien que no pudiera respirar bien. Sí, allí había alguien.

Y vieron que se trataba del doctor Lawton, cuya joroba parecía hacerse más visible en esta ocasión. Pero él no les reconoció. Tenía la mirada imprecisa, extraviada. De todos modos, no tardó en esbozar una sonrisa

Y en acercarse a la muchacha.

—Tienes una piel maravillosa —le dijo—. Una piel maravillosa... Una piel maravillosa...

Lo repitió una y otra vez, como queriendo hacer de sus palabras un eco que no se extinguiera.

Jennifer se hubiera sentido asustada, a no ser porque sabía que Larry estaba allí, y que con él a su lado no debía temer nada.

Pero en realidad no hubo peligro. Larry no tuvo que intervenir.

Instantes después, una ambulancia se detenía muy cerca de donde ellos se hallaban, apeándose de su interior dos fornidos enfermeros. Quienes pusieron la camisa de fuerza al jorobado, llevándoselo, sin que éste ofreciera la menor resistencia.

—Si todo esto hubiera durado más —dijo Jennifer, apretándose contra el pecho de Larry— habríamos acabado todos enloquecidos por el terror.

—Yo te ayudaré a olvidar —prometió él.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.